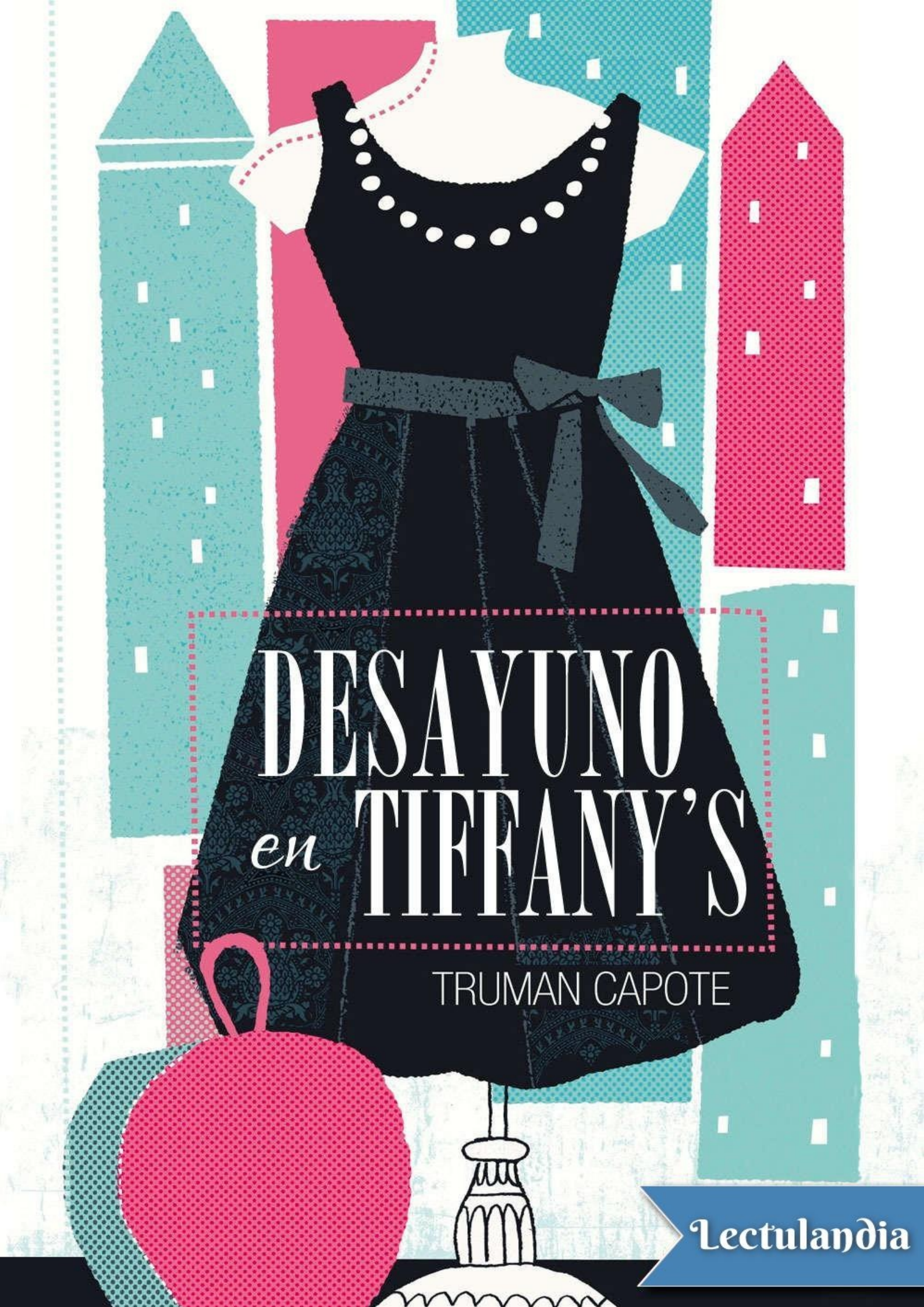

DESAYUNO en TIFFANY'S

TRUMAN CAPOTE

Lectulandia

Holly Golightly es, quizás, el más seductor personaje creado por este maestro de seducción que fue Truman Capote. Atractiva sin ser guapa, tras rechazar una carrera de actriz en Hollywood, Holly se convierte en una estrella del Nueva York más sofisticado; bebiendo cócteles y rompiendo corazones, parece ganarse la vida pidiendo suelto para sus expediciones al tocador en los restaurantes y clubes de moda, y vive rodeada de los tipos más disparatados, desde un mafioso que cumple condena en Sing Sing y al que visita semanalmente, hasta un millonario caprichoso de afinidades nazis, pasando por un viejo barman secretamente enamorado de ella.
Mezcla de picardía e inocencia, de astucia y autenticidad, Holly vive en la provisionalidad permanente, sin pasado, no queriendo pertenecer a nada ni a nadie, sintiéndose desterrada en todas partes pese al glamour que la rodea, y soñando siempre en ese paraíso que para ella es Tiffany's, la famosa joyería neoyorquina. *Desayuno en Tiffany's* es una extraordinaria novela corta que, por sí sola, bastaría para consagrar a un autor.

Lectulandia

Truman Capote

Desayuno en Tiffany's

ePUB v1.2
Elle518 16.02.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *Breakfast at Tiffany's*
Traducción: Enrique Murillo
Portada retocada por: laNane
Truman Capote, 1958.

Siempre me siento atraído por los lugares en donde he vivido, por las casas y los barrios. Por ejemplo, hay un edificio de roja piedra arenisca en la zona de las Setenta Este donde, durante los primeros años de la guerra, tuve mi primer apartamento neoyorquino. Era una sola habitación atestada de muebles de trastero, un sofá y unas obesas butacas tapizadas de ese especial y rasposo terciopelo rojo que solemos asociar a los trenes en día caluroso. Tenía las paredes estucadas, de un color tirando a esputo de tabaco mascado. Por todas partes, incluso en el baño, había grabados de ruinas romanas que el tiempo había salpicado de pardas manchas. La única ventana daba a la escalera de incendios. A pesar de estos inconvenientes, me embargaba una tremenda alegría cada vez que notaba en el bolsillo la llave de este apartamento; por muy sombrío que fuese, era, de todos modos, mi casa, mía y de nadie más, y la primera, y tenía allí mis libros, y botes llenos de lápices por afilar, todo cuanto necesitaba, o eso me parecía, para convertirme en el escritor que quería ser.

Jamás se me ocurrió, en aquellos tiempos, escribir sobre Holly Golightly, y probablemente tampoco se me hubiese ocurrido ahora de no haber sido por la conversación que tuve con Joe Bell, que reavivó de nuevo todos los recuerdos que guardaba de ella.

Holly Golightly era una de las inquilinas del viejo edificio de piedra arenisca; ocupaba el apartamento que estaba debajo del mío. Por lo que se refiere a Joe Bell, tenía un bar en la esquina de Lexington Avenue; todavía lo tiene. Holly y yo bajábamos allí seis o siete veces al día, aunque no para tomar una copa, o no siempre, sino para llamar por teléfono: durante la guerra era muy difícil conseguir que te lo instalaran. Además, Joe Bell tomaba los recados mejor que nadie, cosa que en el caso de Holly Golightly era un favor importante, porque recibía muchísimos.

Todo esto pasó, naturalmente, hace un montón de tiempo y, hasta la semana pasada, hacía años que no veía a Joe Bell. Alguna que otra vez nos habíamos puesto en contacto, y en ocasiones me había dejado caer por su bar cuando pasaba por el barrio; pero nunca habíamos sido en realidad grandes amigos, excepto en el sentido

de que ambos éramos amigos de Holly Golightly. Joe Bell no tiene un carácter precisamente afable, tal como él mismo reconoce, aunque dice que es por culpa de su soltería y de las malas pasadas que le gasta su estómago. Todos los que le conocen bien saben que no es fácil conversar con él. Y que resulta hasta imposible si no tienes sus mismas obsesiones, entre las cuales se cuenta Holly. De las otras mencionaré el hockey sobre hielo, los perros de raza Weimaraner, *Our Gal Sunday* (un serial radiofónico de baja estofa que lleva oyendo desde hace quince años), y Gilbert y Sullivan: afirma estar emparentado con uno de los dos, no recuerdo cuál.

De modo que cuando, el pasado martes por la tarde, sonó el teléfono y oí «Soy Joe Bell», supe que tenía que ser por algo referente a Holly. No lo dijo, sólo:

—¿Puedes venir a toda mecha? Es importante.

Y su voz afónica temblaba de excitación.

Tomé un taxi bajo un chaparrón otoñal, y por el camino llegué incluso a pensar que quizá Holly hubiera regresado, que quizá volvería a verla.

Pero en el local no había nadie más que el dueño. El bar de Joe Bell es un sitio tranquilo en comparación con la mayor parte de los que hay en Lexington Avenue. No ostenta neones ni televisor. Dos viejos espejos reflejan el tiempo que hace en la calle; y detrás de la barra, en un nicho rodeado de fotos de estrellas del hockey sobre hielo, siempre hay un gran jarrón de flores frescas que el propio Joe Bell arregla con maternal cuidado. Eso es lo que estaba haciendo cuando entré.

—Desde luego —dijo, hundiendo un gladiolo en el jarrón—, desde luego que no te hubiese hecho venir si no fuera porque quería oír tu opinión. Es muy raro. Ha pasado una cosa rarísima.

—¿Has tenido noticias de Holly?

Palpó una hoja, como si no estuviera seguro de cómo contestarme. Es un hombre bajito con una magnífica melena de áspero pelo blanco, y una cara huesuda y en declive que le sentaría mejor a una persona más alta; su tez suele estar siempre bronceada: en aquel momento se le enrojeció.

—No puedo decir exactamente que haya tenido noticias de ella. En fin, no estoy seguro. Por eso quiero tu opinión. Espera, te prepararé un cóctel. Es nuevo. Lo llaman White Angel —dijo, mezclando la mitad de vodka con la mitad de ginebra, sin vermut.

Mientras yo me bebía el resultado, Joe Bell estuvo chupando una pastilla para el estómago y dándole vueltas a lo que tenía que decirme.

—¿Te acuerdas —dijo por fin— de un tal Mr. I. Y. Yunioshi, aquel señor del Japón?

—De California —dije, recordando perfectamente a Mr. Yunioshi—. Es fotógrafo de una revista ilustrada, y cuando le conocí vivía en el estudio del último piso de la casa de piedra arenisca.

—No trates de liarme. Sólo te pregunto si sabes a quién me refiero. Bien. Pues ayer noche se presenta aquí ni más ni menos que el mismísimo Mr. I. Y. Yunioshi. No le había visto, bueno, desde hace más de dos años. ¿Y dónde dirías que ha estado durante estos dos años?

— En Africa.

Joe Bell dejó de machacar su pastilla, entrecerró los ojos:

—¿Y cómo lo sabes?

—Lo ha contado Winchell[1].

Y así era, de hecho.

Abrió, con acompañamiento de un tintineo, la registradora, y sacó un sobre de papel manila.

—Muy bien, pues a ver si Winchell también ha contado esto.

En el sobre había tres fotos más o menos iguales, pero tomadas desde distintos ángulos: un negro alto y delicado, con falda de calicó y una sonrisa tímida pero vanidosa, mostraba en sus manos una extraña escultura de madera, una talla alargada que representaba una cabeza, la de una chica de pelo liso y tan corto como el de un hombre, con sus lustrosos ojos de madera desproporcionadamente grandes y sesgados en el ahusado rostro, y los labios gruesos, excesivamente marcados, casi como los de un payaso. A primera vista parecía una talla muy primitiva; pero luego no, porque aquello era la viva imagen de Holly Golightly, todo lo parecido a ella que podía esperarse de aquel objeto negro y quieto.

—¿Qué me dices de esto? —dijo Joe Bell, satisfecho de mi sorpresa.

—Se le parece.

—Mira, chico —y descargó una palmada sobre la barra—, es *ella*. Como que me llamo Joe. Ese enano japonés supo que lo era en cuanto la vio.

—¿La vio? ¿En Africa?

—Bueno. Sólo esta estatua. Pero es lo mismo. Lee tú mismo lo que dice aquí —dijo, dándole la vuelta a una de las fotografías.

En el reverso decía: Talla de Madera. Tribu S, Tococul, East Anglia, Navidad, 1956.

—Esto es lo que dice el nipón —dijo Joe.

Y la historia era la siguiente: el día de Navidad, Mr. Yunioshi pasó con su cámara por Tococul, una aldea perdida en el laberinto del quinto infierno, y que aquí no nos interesa, un simple montón de chozas de barro con monos en la puerta y buitres en el techo. Cuando ya había decidido seguir su camino, Mr. Yunioshi se fijó de repente en un negro sentado en cuclillas junto a su choza. Estaba tallando monos en un bastón. A Mr. Yunioshi le llamó la atención su trabajo, y le rogó que le permitiera ver otras muestras. Tras lo cual le enseñaron la talla de la cabeza de una joven: y tuvo la sensación, o así al menos me lo contó Joe Bell, de estar sumergiéndose en un sueño.

Pero cuando dijo que quería comprarla, el negro se cogió las partes con la mano (un ademán al parecer amable, algo así como llevarse la palma al corazón) y se negó a vender. Ni un medio kilo de sal más diez dólares, ni tampoco un reloj de pulsera más un kilo de sal más veinte dólares, bastaron para convencerle. Mr. Yunioshi estaba decidido a averiguar de la forma que fuese cómo había llegado a realizar aquella talla. Y le costó su sal y su reloj, pero al final le contaron la anécdota en una mezcla de africano, afroinglés y señas. Le pareció entender que la anterior primavera había aparecido de entre la maleza un grupo de tres blancos montados a caballo. Una joven y dos hombres. Los hombres, con los ojos enrojecidos por la fiebre, se vieron obligados a permanecer varios días temblando en una choza aislada, mientras que la joven, que se encaprichó del escultor, compartió su jergón con él.

—Esta parte de la historia no me la creo —dijo el mojigato Joe Bell—. Sé que Holly era como era, pero no creo que pudiese llegar ni de lejos a una cosa así.

—¿Y luego?

—Luego, nada —se encogió de hombros—. Al cabo de un tiempo se fue tal como había llegado, montada a lomos de un caballo.

—¿Sola, o con los dos hombres?

—Supongo que con los dos hombres —parpadeó Joe Bell—. Pues bien, el nipón estuvo preguntando por ella a lo largo y ancho de todo el país. Pero nadie más la había visto.

Luego ocurrió como si Joe notara que se le filtraba mi propia decepción, y no quisiera contagiarse.

—Tendrás que admitir al menos una cosa: es la primera noticia *concreta* que nos llega desde hace no sé cuántos —contó con los dedos, pero no le bastaron— años. Espero al menos que se haya hecho rica. Tiene que serlo. Hay que ser rico para andar perdiendo el tiempo por Africa.

—Probablemente jamás haya pisado Africa —dije, muy convencido; y, sin embargo, podía imaginármela allí, era un sitio al que podía haber ido.

Y la cabeza tallada: volví a mirar las fotos.

—Ya que tanto sabes, ¿dónde está?

—Habrá muerto. O estará en un manicomio. O se habrá casado.

Joe reflexionó un momento.

—No —dijo, sacudiendo negativamente la cabeza—. Y te diré por qué. Si estuviera aquí, yo la habría visto. Si una persona a la que le gusta caminar, una persona como yo, alguien que lleva diez o doce años caminando por estas calles, y que durante todos estos años ha estado buscándola, no la ha visto ni una sola vez, ¿no es para pensar que no está aquí? Veo partes de ella constantemente, un culito plano, una chica flaca que anda tiesa y a buen paso… —hizo una pausa, como si le azotase la fijeza con que le estaba mirando— ¿Crees que estoy majara?

—Sólo que no me había enterado de que estuvieses enamorado de ella. Hasta ese punto.

Lamenté haberlo dicho; le desconcertó. Recogió las fotos y volvió a meterlas en el sobre. Miré la hora en mi reloj. No tenía que ir a ningún lado, pero me pareció que lo mejor sería largarme.

—Espera —dijo, agarrándome de la muñeca—. La quería, claro. Pero nunca se me ocurrió tocarla —y, sin sonreír, añadió —. Tampoco creas que no pienso en esas cosas. Incluso a mi edad, y el diez de enero cumpliré los sesenta y siete. Es curioso, pero, cuanto más viejo me hago, más pienso en esas cosas. No recuerdo haber pensado tanto en ellas cuando era joven, y ahora en cambio me ocurre a cada momento. Quizá sea porque cuanto más viejo te haces, menos fácil es llevar esos pensamientos a la práctica, quizá por que se te queda todo encerrado en la cabeza y se te convierte en una carga. Pero —se sirvió una medida de whisky y se la bebió de un trago—, jamás haré nada deshonroso. Y te juro que jamás me cruzó siquiera la imaginación la idea de hacerle algo a Holly. Se puede querer a una persona sin que pasen esas cosas. Se puede tratar a esa persona como a una desconocida, una desconocida que es tu amiga.

Entraron dos hombres en el bar, y pareció el momento oportuno para irse. Joe Bell me siguió hasta la puerta. Volvió a atraparme por la muñeca.

—¿Lo crees?

—¿Que jamás quisiste ni tocarla?

—No, me refiero a lo de Africa.

En aquel momento era como si no pudiese recordar la anécdota, sólo la imagen de Holly alejándose, a caballo.

—De todos modos, ha desaparecido.

—Sí —dijo él, abriendo la puerta—. Ha desaparecido.

Afuera había dejado de llover, no quedaba más que un resto de niebla en el aire, de modo que volví la esquina y anduve por la calle en donde se encuentra el edificio de piedra arenisca. Es una calle con árboles que durante el verano forman frescos dibujos en la acera; pero las hojas estaban ahora amarilleadas, habían caído en su mayor parte, y la lluvia las había dejado resbaladizas, patinaban bajo mis suelas. La casa está a mitad de la manzana, junto a una iglesia en cuya torre azulada da las horas el reloj. La casa ha sido remozada después de que yo me fuera; una elegante puerta negra reemplaza el viejo cristal deslustrado, y unas bonitas contraventanas grises enmarcan las ventanas. Ahora no vive allí ningún vecino del que yo guarde algún recuerdo, con la sola excepción de Madame Sapphia Spanella, una ronca soprano que cada tarde se iba a patinar a Central Park. Sé que sigue viviendo allí porque subí los peldaños y miré los buzones. Fue uno de estos buzones lo primero que me condujo a enterarme de la existencia de Holly Golightly.

Llevaba más o menos una semana viviendo en esa casa cuando me fijé en la curiosa tarjeta colocada en el buzón del apartamento 2. Las letras impresas, tan elegantes como si fuese una tarjeta de Cartier, decían: *Miss Holiday Golightly*, y, debajo, en una esquina, *Viajera*. Sonaba tan fastidioso como una canción. *Miss Holiday Golihgtly, Viajera*.

Una noche, bastante más tarde de las doce, me despertó la voz de Mr. Yunioshi, que gritaba por el hueco de la escalera. Como él vivía en el último piso, su voz bajaba por toda la casa, exasperada y severa.

—¡Miss Golightly! ¡Tengo que presentarle mis quejas!

La voz que regresó, emergiendo desde el fondo de la escalera, era juvenil y guasona.

—¡Ay, chico, no sabe *cuánto* lo siento! He vuelto a perder la maldita llave.

—No debe seguir llamando a mi timbre. Por favor, se lo pido por favor, encargue una llave nueva.

—Es que las pierdo todas.

—Yo trabajo. Tengo que dormir —gritó Mr. Yunioshi—. Y usted siempre está llamando a mi timbre…

—Oh, pero *no* se enfade, buen hombre, que *no* volveré a hacerlo. Y, si me promete que no se va a enfadar —su voz se iba acercando a medida que subía la escalera—, dejaré que me haga esas fotos de las que hablamos.

En ese momento ya me había levantado de la cama y abierto la puerta un centímetro. Pude oír el silencio de Mr. Yunioshi: oírlo porque estaba acompañado por un audible cambio de respiración.

—¿Cuándo? —dijo por fin.

La chica se puso a reír.

—Algún día —contestó la chica, arrastrando las palabras.

Salí al rellano y me asomé a la barandilla, lo suficiente como para ver sin ser visto. Ella seguía subiendo la escalera, llegó a su piso, y la luz del rellano iluminó la mezcolanza de colores de su pelo cortado a lo chico, con franjas leonadas, mechas de rubio albino y rubio amarillo. Era una noche calurosa, casi de verano, y Holly llevaba un fresco vestido negro, sandalias negras, collar de perlas. Pese a su distinguida delgadez, tenía un aspecto casi tan saludable como un anuncio de cereales para el desayuno, una pulcritud de jabón al limón, una pueblerina intensificación del rosa en las mejillas. Tenía la boca grande, la nariz respingosa. Unas gafas oscuras le ocultaban los ojos. Era una cara que ya había dejado atrás la infancia, pero que aún no era de mujer. Pensé que podía tener entre dieciséis y treinta años; resultó finalmente que le faltaban dos tímidos meses para cumplir los diecinueve.

No estaba sola. Un hombre la seguía. El modo en que su rolliza mano le rodeaba la cadera parecía en cierto modo indecoroso; no moral, sino estéticamente. Era bajo y

ancho, de pelo abrillantinado y moreno artificial, un tipo encorsetado por su traje a rayas, y con un marchito clavel rojo en el ojal. Cuando llegaron a la puerta ella se puso a revolver el bolso en busca de la llave, y ni se dio por enterada de que los gruesos labios de aquel tipo le estaban hociqueando la nuca. Por fin, sin embargo, tras encontrar la llave y abrir la puerta, Holly se volvió cordialmente hacia él:

—Gracias, chato… Has sido muy amable acompañándome hasta aquí.

—¡Eh, nena! —dijo él, porque estaban cerrándole la puerta en las narices.

—Dime, Harry.

—Harry era el otro. Yo soy Sid. Sid Arbuck. Sé que te gusto.

—Te adoro, Arbuck. Pero buenas noches, Arbuck.

Mr. Arbuck se quedó mirando con incredulidad la puerta, que se cerró firmemente.

—Eh, nena, déjame entrar, anda. Sé que te gusto. Les gusto a todas. ¿No me he hecho cargo yo de la cuenta, cinco personas, amigos *tuyos*, gente a la que jamás había visto hasta hoy? ¿No me da eso derecho a gustarte? Sé que te gusto, nena.

Dio unos golpes suaves a la puerta, y luego otros más fuertes; al final retrocedió unos cuantos pasos, con el cuerpo encorvado y agachado, como si tuviera intención de cargar contra ella. Pero en lugar de eso se lanzó escaleras abajo, no sin descargar un puñetazo contra la pared. Justo cuando llegó a la planta baja, se abrió la puerta del apartamento de la chica, que asomó la cabeza.

—Oh , Arbuck…

El se volvió, con el rostro lubrificado por una sonrisa de alivio: la chica estaba de guasa, eso era todo.

—La próxima vez que una chica te pida suelto para ir al tocador —gritó, en absoluto de guasa—, sigue mi consejo, chico: ¡*no* le des veinte centavos!

Holly cumplió lo que le había prometido a Mr. Yunioshi; o no volvió a llamar a su timbre, supongo, porque durante los días siguientes comenzó a llamar al mío, a veces a las dos, o a las tres y las cuatro de la madrugada: no tenía escrúpulos por lo que respecta a la hora en que pudiera sacarme de la cama para que pulsara el botón que abría el portal de la calle. Como ninguno de mis amigos era de los que se te presentan en casa a esas horas, siempre sabía que era ella. Pero las primeras veces que llamó todavía me dirigía a la puerta, medio convencido de que había malas noticias, algún telegrama, para mí. Pero siempre era Miss Golightly, que gritaba desde abajo:

—Lo siento, chico. Me he olvidado la llave.

Naturalmente, no llegamos a trabar relación. Aunque de hecho nos cruzábamos con frecuencia en la escalera o en la calle; sin embargo, ella hacía como si no me viese. Nunca se quitaba las gafas de sol, iba siempre muy bien vestida, con un buen gusto casi pomposo pese a la sencillez de su ropa, de los azules y los grises escasamente llamativos que hacían que fuese ella, su persona, la que brillaba. Hubiera podido deducirse que era modelo de fotógrafo, o una actriz principiante, aunque, por sus horarios, era obvio que no tenía tiempo para dedicarse a ninguna de las dos cosas.

De vez en cuando la veía lejos de nuestro barrio. En una ocasión, un pariente que vino a visitarme me invitó al «21», y allí, en una mesa de primera, rodeada de cuatro hombres, ninguno de los cuales era Mr. Arbuck, aunque todos ellos fueran intercambiables con él, se encontraba Miss Golightly, peinándose de forma ociosa, pública; y su expresión, un bostezo contenido, sirvió, por ejemplo, para asordinar la excitación que me producía cenar en un lugar tan de postín. Otra noche, en pleno verano, el calor que hacía en mi habitación me hizo salir a la calle. Bajé por la Tercera Avenida hasta la calle Cincuenta y uno, en donde había un anticuario en cuyo escaparate destacaba un objeto que yo admiraba: una jaula que era todo un palacio, una auténtica mezquita con minaretes y habitaciones de bambú que anhelaban la presencia de loros parlanchines. Pero costaba trescientos cincuenta dólares. De vuelta a casa me fijé en un grupo de taxistas que formaba un corro frente al bar de P. J.

Clark, aparentemente atraído por un alegre grupo de oficiales del ejército australiano que, con ojos achispados de whisky, entonaban *Waltzing Matilda* con sus voces de barítono. Sin dejar de cantar, bailaban por turnos con una chica a la que hacían girar como una peonza por el adoquinado bajo el paso elevado del metro; y la chica, Miss Golightly, por supuesto, flotaba en sus brazos ligera como un pañuelo.

Pero si Miss Golightly no llegó a enterarse de mi existencia, excepto en mi calidad de práctico portero, a lo largo de aquel verano yo acabé convirtiéndome en toda una autoridad sobre la suya. Descubrí, observando la papelera que dejaba junto a su puerta, que sus lecturas normales eran la prensa popular, los folletos de viajes y las cartas astrales; que fumaba unos pitillos esotéricos de la marca Picayune; que sobrevivía a base de requesón y tostaditas; que su cabello multicolor no era obra de la naturaleza. La misma fuente de información me permitió saber que recibía montones de cartas del frente. Siempre estaban rotas a tiras alargadas, como registros. A veces me llevaba uno de esos registros para utilizarlo en mis lecturas. *Recuerdo* y *te echo de menos* y *llueve* y *escribe, por favor*, y *maldita* y *condenada* eran las palabras que más a menudo se repetían en esas tiras de papel; éstas, y *soledad* y *te quiero*.

Además, tenía un gato y tocaba la guitarra. Los días de mucho sol se lavaba el pelo y, junto con el gato, un rojizo macho atigrado, se sentaba en la escalera de incendios y rasgaba la guitarra mientras se le secaba el pelo. Cada vez que oía la música, yo me acercaba silenciosamente a la ventana. Tocaba muy bien, y a veces también cantaba. Cantaba con el acento afónico y quebrado de un muchacho. Se sabía todas las canciones de los musicales de éxito, de Cole Porter y Kurt Weill; le gustaban sobre todo las canciones de *Oklahoma!*, recién estrenada aquel verano. Pero en algunos momentos tocaba melodías que hacían que me preguntase de dónde podía haberlas sacado, de dónde podía haber salido aquella chica. Canciones nómadas, agridulces, con letras que sabían a pinar o pradera. Una de ellas decía: *No quiero dormir, no quiero morir, sólo quiero seguir viajando por los prados del cielo*; y parecía que ésta fuese la que más la complacía, pues a menudo seguía cantándola mucho después de que se le hubiera secado el pelo, cuando el sol ya se había puesto y se veían ventanas iluminadas en el anochecer.

Pero nuestra relación personal no empezó hasta septiembre, una noche atravesada por los primeros y fríos estremecimientos del otoño. Yo había ido al cine, regresado a casa, y estaba acostado con un bourbon y el último Simenon: lo cual constituía hasta tal punto mi ideal de comodidad que no conseguí entender cierta sensación de inquietud que fue creciendo poco a poco, tanto que llegué a oír mis propios latidos. Era una sensación acerca de la cual había leído y hasta escrito, pero que jamás había experimentado. La sensación de estar siendo vigilado. De una presencia invisible. Luego: un repentino golpeteo en la ventana, el vislumbre de un gris fantasmal: derramé el bourbon. Transcurrieron unos momentos antes de que tuviera arrestos para

abrir la ventana, y preguntarle a Miss Golightly qué quería.

—Tengo abajo a un hombre horripilante —dijo, saltando de la escalera de incendios al interior de la habitación—. Bueno, cuando no está bebido es encantador, pero tan pronto prueba el *vino*, ¡Santo Dios, *quel* animal! No hay nada en el mundo que deteste tanto como los hombres que te dan mordiscos —se abrió un poco el albornoz gris para mostrarme las pruebas de lo que ocurre cuando un hombre da un mordisco. No llevaba más que el albornoz—. Siento haberte pegado un susto. Pero cuando ese animal se ha puesto imposible, he salido por la ventana. Me parece que cree que estoy en el baño, y me importa un cuerno lo que piense, que se vaya al infierno, se cansará, se dormirá, Dios mío, tiene que dormirse, se ha tomado ocho martinis antes de cenar y suficiente vino como para que se bañe un elefante. Oye, si quieres echarme, me echas. Ya sé que es mucha jeta eso de entrometerme aquí de esta forma. Pero ahí afuera hace un frío que pela. Y parecía que aquí se estuviera tan bien. Me has recordado a mi hermano Fred. Dormíamos cuatro en la misma cama, y él era el único que me dejaba abrazarle las noches más frías. Por cierto, ¿te importa que te llame Fred?

Ya se había colado del todo en la habitación, y se detuvo un momento para mirarme. Era la primera vez que la veía sin las gafas de sol, y en ese momento resultaba obvio que eran, además, gafas de aumento, porque sin ellas sus ojos me escrutaban bizqueando, como los de un joyero. Eran unos ojos grandes, un poco azules, otro poco verdes, salpicados de motas pardas: multicolores, como su pelo; y, como su pelo, proyectaban una luminosidad cálida y viva.

—Supongo que estarás pensando que soy una descarada. O *très fou*, o yo qué sé.

—En absoluto.

Pareció decepcionada.

—Desde luego que sí. Como todo el mundo. Me da igual. Es muy práctico.

Se sentó en uno de los desvencijados sillones de terciopelo rojo, dobló las piernas debajo de ella, e inspeccionó el resto de la habitación, haciendo visajes incluso más pronunciados con los ojos.

—¿Cómo lo soportas? Parece la cámara de los horrores.

—Uno se acostumbra a todo —dije, molesto conmigo mismo, pues, en realidad, estaba orgulloso de mi casa.

—Yo no. Jamás me acostumbraré a nada. Acostumbrarse es como estar muerto —sus ojos censuradores volvieron a inspeccionar la habitación—. ¿Y qué *haces* metido aquí todo el día?

Señalé una mesa con altos montones de libros y papeles.

—Escribo.

—Yo creía que los escritores eran muy viejos. Aunque, claro, Saroyan no es viejo. Le conocí en una fiesta, y en realidad no es nada viejo. De hecho —murmuró

—, si se apurase más el afeitado… Por cierto, ¿Y Heminghway, es viejo?

—Yo diría que anda por los cuarenta y tantos.

—No está mal. Para que un hombre me excite tiene que haber cumplido los cuarenta y dos. Una amiga mía que es una idiota anda siempre diciéndome que tendría que ir a un comecocos; dice que tengo complejo paterno. Lo cual me parece una *merde*. Lo único que pasa es que yo misma me predispuse a que me gustaran los hombres maduros, y ésa fue la decisión más inteligente de mi vida. ¿Cuántos años tiene W. Somerset Maugham?

—No estoy seguro. Sesenta y pico.

—No está mal. Nunca me he acostado con un escritor. Aunque, espera, ¿conoces a Benny Shacklett? —al verme decir que no con la cabeza, puso un gesto ceñudo—. Qué raro. Ha escrito montones de cosas para la radio. Pero *quel* rata. Dime, ¿eres un verdadero escritor?

—Depende de lo que entiendas por verdadero.

—Pues mira, ¿hay alguien que *compre* lo que escribes?

—Todavía no.

—Yo te ayudaré —dijo—. Puedo hacerlo, no creas. Imagina cuantísima gente conozco que conoce a otra gente. Te ayudaré porque eres como mi hermano Fred. Un poco más bajo, solamente. No he vuelto a verle desde que yo tenía catorce años, que es cuando me fui de casa, y entonces ya medía más de metro ochenta. Mis otros hermanos eran más de tu talla, enanos. Fue la mantequilla de cacahuete lo que hizo que Fred creciera tanto. Todo el mundo pensaba que era una chifladura eso de atiborrarse de mantequilla de cacahuete; las únicas cosas que le gustaban eran los caballos y la mantequilla de cacahuete. Pero no estaba chiflado, sólo que era tierno y despistado y muy lento; cuando me fui estaba repitiendo octavo por tercera vez. Pobre Fred. Me gustaría saber si el ejército escatima la mantequilla de cacahuete. Lo cual me recuerda una cosa: estoy muriéndome de hambre.

Señalé una fuente con manzanas, y al mismo tiempo le pregunté los motivos por los que se había ido tan joven de su casa. Me dirigió una mirada inexpresiva, y se frotó la nariz, como si le picara: un ademán que, viéndolo luego repetido muchas veces, acabé por interpretar como señal de que alguien empezaba a meterse en donde no le llamaban. Como les ocurre a muchas personas que demuestran una osada afición a proporcionarte informaciones que no les has solicitado, se ponía en guardia ante cualquier cosa que se pareciese remotamente a una pregunta directa, a un intento de hacerle precisar cualquier detalle. Le dio un mordisco a una manzana, y me dijo:

—Dime algo que hayas escrito. Cuéntame el argumento.

—Ese es uno de los problemas. No son historias que se puedan contar de viva voz.

—¿Por guarras?

—Quizá algún día te pase un relato para que lo leas.

—El whisky y las manzanas casan muy bien. Prepárame un trago, y luego puedes leerme tú mismo una historia.

Son muy pocos los autores, especialmente entre los inéditos, capaces de resistirse a la invitación de leer su obra en voz alta. Preparé una copa para cada uno y, sentándome en el otro sillón, comencé a leer, con la voz algo temblorosa debido a una mezcla de miedo escénico y entusiasmo: era un cuento nuevo, terminado el día anterior, y aún no había transcurrido el tiempo suficiente para que surgiese la inevitable sensación de fracaso. Trataba de dos mujeres, maestras, que comparten una casa, y una de ellas, cuando la otra se promete en matrimonio, provoca por medio de notas anónimas un escándalo que acabará impidiendo que se celebre la boda. Mientras iba leyendo, cada vez que miraba de reojo a Holly se me encogía el corazón. Estaba como azogada. Cogía de una en una las colillas del cenicero, se observaba abstraída las uñas, como si lamentara no tener una lima a mano; y, lo que es peor, cuando me parecía haber atrapado su interés, sus ojos estaban velados por una capa de escarcha, como si en realidad estuviera preguntándose si comprar o no los zapatos que había visto en algún escaparate.

—¿Esto es el *final*? —me preguntó, despertando. Trató vanamente de encontrar algo más que decir—. Las tortilleras me caen bien, claro. No me asustan en lo más mínimo. Pero los cuentos de tortilleras me matan de aburrimiento. Soy incapaz de meterme en su piel. Bueno, chico —dijo, porque yo estaba verdaderamente desconcertado—, si no trata de un par de bolleras, ya me explicarás de qué diablos va.

Pero yo no estaba de humor para complicar la equivocación que suponía el haberle leído el cuento con el no menos embarazoso intento de explicárselo. La misma vanidad que me había conducido a exponerme de aquel modo, me obligó en ese momento a tacharla de petulante ser insensible, por completo desprovisto de inteligencia.

—Por cierto —dijo—, ¿no *conoces* por casualidad alguna lesbiana que sea buena chica? Estoy buscando una compañera de apartamento. Oye, no te rías. Soy desorganizadísima, y no me llega para una asistenta; y, la verdad, las tortilleras son unas amas de casa fantásticas, les encanta encargarse de todo, no tienes que preocuparte jamás por las escobas ni por descongelar la nevera o mandar la ropa a la lavandería. Como aquella compañera de habitación que tuve en Hollywood, hacía westerns, la llamaban la Llanero Solitario; es mucho mejor que tener a un hombre en casa. Claro, la gente pensaba que yo también debía de ser un poco tortillera. Y lo soy, claro. Todo el mundo lo es, un poco. ¿Y qué? Ningún hombre se ha echado para atrás por eso hasta ahora; hasta parece que les excita. La misma Llanero Solitario, sin ir más lejos, estuvo casada dos veces. Las tortilleras sólo suelen casarse una vez, por la

reputación. Luego da mucho caché que te llamen señora de tal o de cual. ¡No puede ser verdad! —miraba fijamente el despertador de la mesilla de noche—, ¡No pueden ser las cuatro y media!

La ventana comenzaba a virar al azul. La brisa del amanecer agitaba las cortinas.

—¿Qué día es hoy?

—Jueves.

—*Jueves* —se levantó—. Dios mío —dijo, y volvió a sentarse, gimiendo—. Es espantoso.

Yo me encontraba lo suficientemente cansado como para no sentir curiosidad. Me tendí en la cama y cerré los ojos. Pero era irresistible:

—¿Qué tiene de espantoso que sea jueves?

—Nada. Sólo que nunca consigo acordarme de que ya está cerca. Verás, los jueves tengo que tomar el de las ocho cuarenta y cinco. Son quisquillosísimos con lo de las horas de visita, y si te plantas allí alrededor de las diez, te queda sólo una hora hasta que mandan a comer a esos pobres. Imagínatelo, comen a las once. También puedes ir a las dos, y yo lo preferiría, pero a él le gusta que vaya por la mañana, dice que así aguanta mejor el resto del día. Tendré que mantenerme despierta —dijo, pellizcándose las mejillas hasta hacer que floreciesen las rosas—, no tengo tiempo de dormir, se me pondría cara de tuberculosa, me desmoronaría como un edificio viejo, y no sería justo. No está bien que una chica vaya a Sing Sing con la cara verde.

—Supongo que no.

La furia que sentía contra ella por lo de mi cuento comenzaba a menguar; volvía a imantarme.

—Todas las visitas hacen lo posible por tener un buen aspecto, y es muy emocionante, precioso, ver a las mujeres que se ponen lo mejor que tienen, quiero decir que incluso las viejas y las que son muy pobres también hacen todo cuanto está en su mano por ir bien vestidas y oler bien, y están adorables. También me encantan los críos, sobre todo los negros. Me refiero a los que llevan las esposas. Puede parecer triste eso de ver a unos niños en un lugar así, pero no lo es, llevan cintas en el pelo y los zapatos relucientes de betún, casi parece que vayan a celebrar algo: y a veces el locutorio parece precisamente eso, una fiesta. En fin, que no es como en las películas, nada de sombríos murmullos a través de una reja. No hay rejas, sólo un mostrador que te separa de ellos, y dejan que las mujeres suban a los críos encima, para que ellos puedan darles un abrazo. Si quieres besar a alguien, basta con inclinarte hacia adelante. Lo que más me gusta es lo felices que son cuando vuelven a verse, tienen tantísimas cosas guardadas de las que hablar, no hay modo de aburrirse, se pasan el rato riendo y cogiéndose de las manos. Después es diferente —dijo—. Las veo en el tren. Se quedan sentadas, en silencio, viendo pasar el río —se estiró un mechón de pelo hasta metérselo en la boca, y empezó a mordisquearlo

meditativamente—. No te dejo dormir. Anda, duérmete.

—Sigue, me interesa.

—Ya lo sé. Por eso quiero que te duermas. Porque si sigo hablando te contaré lo de Sally. Y no estoy segura de que eso sea juego limpio —masticó silenciosamente su pelo—. Nunca me *han dicho* que no se lo cuente a nadie. No lo han dicho explícitamente. Y es muy gracioso. Quizá tú podrías captarlo en un cuento, cambiando los nombres y todo lo demás. Oye, Fred —dijo, mientras cogía otra manzana—, tienes que hacer la señal de la cruz sobre el corazón, y besarte el codo…

Es posible que los contorsionistas alcancen a besarse el codo; tuvo que conformarse con una aproximación.

—Pues bien —dijo, con la boca llena de manzana—, quizá hayas leído algo sobre él en la prensa. Se llama Sally Tomato, y habla un inglés peor que mi yiddish; pero es un viejecito encantador, muy religioso. Parecería un fraile si no tuviera los dientes de oro; dice que reza cada noche por mí. Jamás ha sido amante mío, desde luego; por lo que se refiere a eso, le conocí cuando él ya estaba en la cárcel. Pero ahora, con todo lo que me está costando ir a verle cada jueves desde hace siete meses, le adoro, y creo que iría aunque no me pagase. Esta es muy harinosa —dijo, y disparó el resto de la manzana por la ventana—. Por cierto, sí conocía a Sally de vista. Venía al bar de Joe Bell, ese que está a la vuelta de la esquina: no hablaba nunca con nadie, se quedaba en pie, junto a la barra, como uno de esos hombres que viven en hoteles. Pero me hace gracia recordarlo, pensar en cómo se fijaba en mí, porque tan pronto como le encerraron (Joe Bell me enseñó su foto en el periódico. La Mano Negra. La Mafia. Todo ese jaleo: pero le echaron cinco años) llegó el telegrama del abogado. Decía que me pusiera inmediatamente en contacto con él para proporcionarme una información que iba a resultarme muy provechosa.

—¿Pensaste que alguien te había dejado una herencia de un millón?

—Qué va. Creí que algún acreedor quería cobrar a la fuerza. Pero acepté el riesgo y fui a ver a ese abogado (suponiendo que sea abogado, cosa que dudo, pues no parece tener bufete, sólo un servicio de contestador automático, y siempre me cita en el Hamburg Heaven: por eso está tan gordo, es capaz de comerse diez hamburguesas y dos platos de entremeses y un pastel de limón entero). Me preguntó si me gustaría alegrarle la vida a un viejo solitario, y al mismo tiempo ganarme cien dólares a la semana. Yo le dije mire, guapo, se ha confundido usted de Miss Golightly, no soy una enfermera de las que hacen servicio completo, con numeritos y todo. Tampoco me impresionaron los honorarios; se puede ganar lo mismo haciendo expediciones al tocador: todo caballero que sea un poco chic te da cincuenta dólares para ir al lavabo, y siempre pido además para el taxi, que son otros cincuenta. Pero entonces me dijo que su cliente era Sally Tomato. Dijo que su viejo amigo Sally me había admirado *à la distance* desde hacía mucho tiempo, y que si no sería una buena obra ir a visitarle

una vez a la semana. En fin, que no podía decir que no. Era superromántico.

—No sé qué decir. Suena poco limpio.

—¿Crees que miento? —sonrió.

—En primer lugar, no permiten que cualquier persona vaya a visitar a un preso.

—Cierto, no lo permiten. En realidad, han organizado no sé qué enredo para hacerme pasar por su sobrina.

—¿Así de sencillo? ¿Te da cien dólares por charlar una hora con él?

—No me los da él. Me los da su abogado. Mr. O'Shaughnessy me pone un giro en metálico en cuanto le paso la información meteorológica.

—Creo que puedes meterte en un lío de cuidado —dije, y apagué la lamparita; ya no la necesitábamos, el amanecer se colaba en la habitación, y las palomas hacían gárgaras en la escalera de incendios.

—¿De qué modo? —dijo ella muy en serio.

—Seguro que los libros de leyes tienen algo que decir sobre los suplantadores de personalidad. Al fin y al cabo, *no* eres su sobrina. ¿Y qué es eso del informe meteorológico?

Sofocó un bostezo con la palma de la mano.

—Pero si no tiene importancia. Sólo son recados que tengo que dejar en el contestador automático, para que Mr. O'Shaughnessy compruebe que he ido. Sally me dice lo que tengo que decir, cosas como, no sé, «hay un huracán en Cuba», o «nieva en Palermo». No te preocupes, chico —dijo, acercándose a la cama—, llevo mucho tiempo cuidando de mí misma.

La luz del amanecer parecía refractarse a través de ella: cuando me subía las mantas hasta la barbilla, brillaba como una criatura transparente; después se tendió a mi lado.

—¿Te importa? Sólo quiero descansar un momento. No digamos nada más. Duérmete.

Fingí hacerlo, respiré pesada y regularmente. Las campanas de la vecina torre de iglesia dieron la media y la hora. Eran las seis cuando apoyó su mano en mi brazo, un tacto frágil que trataba de no despertarme.

—Pobre Fred —susurró, y parecía que estuviese hablando conmigo, pero no era así—. ¿Dónde estás Fred? Porque hace frío. Se nota la nieve en el aire.

Su mejilla se apoyó sobre mi hombro, un peso cálido y húmedo.

—¿Por qué lloras?

Se enderezó disparada como un muelle; se quedó sentada.

—Por Dios —dijo, yéndose hacia la ventana para salir a la escalera de incendios —, si hay una cosa que detesto en el mundo son los fisgones.

Al día siguiente, viernes, me encontré al llegar a casa con que me esperaba en la puerta una enorme cesta *deluxe* de Charles & Co, con su tarjeta: *Miss Holiday Golightly, Viajera*; y detrás, garabateadas con una letra monstruosamente torpe, de niña de jardín de infancia: *Bendito seas, querido Fred. Olvidate por favor de la otra noche. Te portaste como un ángel.* Mille tendresses, *Holly. P. S. No volveré a molestarte*. Contesté: *Hazlo, por favor*, y dejé esta nota en su puerta con lo máximo que podía permitirme, un ramo de violetas de florista callejera. Pero Holly parecía haber hablado en serio; no volví a verla ni a oír nada de ella, y supuse que había llegado al extremo de conseguir una llave del portal. Fuera como fuese, dejó de llamar a mi timbre. Lo eché de menos; y a medida que los días fueron disolviéndose comencé a sentir por ella cierto desproporcionado resentimiento, como si mi mejor amigo se hubiese olvidado de mí. Una inquietante soledad se filtró en mi vida, pero no me produjo ningún deseo de buscar a mis amigos más antiguos, que ahora me parecían una dieta sin sal ni azúcar. Cuando llegó el miércoles, el pensar en Holly, en Sing Sing y Sally Tomato, en mundos en los que los hombres sacaban con dos dedos un billete de cincuenta dólares para el tocador, resultaba ya tan obsesivo que no pude trabajar. Por la noche dejé un recado en su buzón: *Mañana es jueves*. La siguiente mañana me premió con una nueva nota escrita con su juguetona letra infantil: *Bendito seas por recordármelo. ¿Podrías pasarte a tomar una copa a eso de las seis de la tarde?*

Esperé hasta las seis y diez, y entonces me obligué a retrasarme otros cinco minutos.

Un bicho raro me abrió la puerta. Olía a habanos y a colonia Knize. Sus zapatos eran de doble tacón; sin esos centímetros añadidos se le hubiera podido confundir con un Enanito de cuento. Su calva cabeza pecosa era desproporcionadamente grande, como la de los enanos; y llevaba pegadas un par de orejas puntiagudas, exactamente iguales que las de los elfos. Tenía ojos de pequinés, despiadados y ligeramente saltones. De las orejas, y de la nariz, le brotaban matas de pelo; una barba de horas

agrisaba sus maxilares, y su apretón de mano era casi peludo.

—La niña está en la ducha —dijo, señalando con un puro hacia el ruido del agua, en un cuarto contiguo.

En la habitación dónde nos encontrábamos (estábamos en pie porque no había donde sentarse) parecía como si alguien acabara de mudarse; casi tenías la sensación de que olía a recién pintado. Los únicos muebles eran unas maletas y unas cajas de embalaje sin abrir. Las cajas servían de mesas. Una de ellas sostenía los ingredientes para preparar martinis; otra, una lámpara, un tocadiscos portátil, el gato rojo de Holly, y un jarrón con rosas amarillas. La librería, que cubría una pared, proclamaba medio estante de literatura. Enseguida me sentí a gusto allí, disfruté de aquel aire de provisionalidad.

El tipo carraspeó:

—¿Le habían citado?

No acabó de salir de dudas tras mi gesto de asentimiento. Sus ojos fríos me intervinieron quirúrgicamente, hicieron limpias incisiones exploratorias.

—Viene por aquí mucha gentuza, sin tener cita previa. ¿Hace mucho que conoce a la niña?

—No mucho.

—¿Así que no la conoce desde hace mucho?

—Vivo arriba.

La respuesta pareció dar una explicación suficiente como para tranquilizarle.

—¿Su piso es como éste?

—Mucho más pequeño.

Descargó una patada en el suelo.

—Esto es una porquería. Increíble. Pero esa niña no sabe vivir, ni cuando tiene pasta —hablaba con un sincopado ritmo metálico, como un teletipo—. Bien —dijo —, ¿qué opina? ¿Lo es o no lo es?

—¿Qué?

—Una farsante.

—Yo diría que no.

—Se equivoca. Lo es. Aunque, por otro lado, tiene usted razón. No es una farsante porque es una farsante *auténtica*. Se cree toda esa mierda en la que cree. No hay modo de convencerla de lo contrario. Lo he probado de todas las maneras, hasta llorando. El mismo Benny Polan, una persona a la que todo el mundo respeta, Benny Polan lo intentó. Benny estaba empeñado en casarse con ella, pero a ella no le apetecía, y Benny debió de gastarse miles de dólares mandándola a diversos comecocos. Y hasta ese tan famoso, el que sólo habla alemán, acabó arrojando la toalla. No hay quien la convenza de lo falsas que son esas —cerró el puño, como si tratase de estrujar lo intangible— ideas. Pruébelo algún día. Pídale que le explique

todas esas cosas en las que cree. Aunque —dijo— esa niña me gusta. Le gusta a todo el mundo, pero hay mucha gente que no la soporta. A mí me gusta. Esa niña me gusta, de verdad. Porque soy una persona sensible. Hay que tener sensibilidad para poder apreciarla en lo que vale, un ramalazo de poeta. Pero le diré la verdad. Por mucho que se rompa la cabeza tratando de ayudarla, ella sólo le devolverá un chasco tras otro. Le daré un ejemplo: viéndola hoy, ¿quién diría que es? Pues ni más ni menos que una chica que saldrá en los periódicos cuando llegue al fondo de un frasco de Seconal. No sería la primera vez que me encuentro con una cosa así, ni la segunda. Y esas crías ni siquiera estaban chifladas. Mientras que ella lo está.

—Pero es joven. Y aún le queda mucha juventud por delaante.

—Si con eso quiere decir que tiene futuro, vuelve a equivocarse. Mire, hace un par de años, cuando vivía en la Costa, hubo una época en la que todo hubiese podido ser diferente. Un ángel la vigilaba, logró que la gente se interesara por ella, le hubiesen podido rodar las cosas muy bien. Pero, en un mundo como aquél, cuando alguien abandona ya no puede dar un paso atrás y regresar. Pregúnteselo, si no, a Luise Rainer. Y la Rainer era una estrella. Holly no lo era, por supuesto; apenas si llegaron a hacerle algunas fotos. Pero eso fue antes de lo de *The Story of Dr. Wassell*. Entonces sí que hubieran podido rodarle bien las cosas. Lo sé, sabe, porque el que le dio el empujón fui yo —se señaló con el habano—. O. J. Berman.

Esperaba que el nombre me sonara, y no me importó fingir que así era, aunque jamás había oído hablar de O. J. Berman. Resultó que era un agente artístico de Hollywood.

—Fui el primero que la vio. En Santa Anita. Todos los días rondaba por el hipódromo. Me interesó, profesionalmente. Averigüé que andaba con un jockey, que vivía con ese escuchimizado. Hice que le dijeran al jockey: Déjalo, o vendrán a verte los chicos de la patrulla contra el vicio; sólo tiene quince años. Pero qué elegante, qué fotogénica; estaba seguro de que serviría. Incluso cuando se ponía esas gafas *tan* gruesas; incluso cuando abría los labios y no sabías si era una palurda, o si venía de Oklahoma, o qué. Sigo sin saberlo. Apostaría algo a que nadie llegará jamás a saber de dónde salió. Es tan embustera que quizá ni ella se acuerde ya. Pero nos costó un año entero suavizarle el acento. ¿Sabe cómo lo hicimos al final? Le dimos clases de francés: en cuanto logró imitar el acento francés, no le costó mucho imitar el inglés. La arreglamos para que diera el tipo de Margaret Sullavan[2], pero ella supo añadirle algún toque personal, la gente comenzó a interesarse por ella, gente importante, y, para redondear la operación, Benny Polan, un tipo muy respetado, Benny quería casarse con ella. ¿Qué más podía pedir un agente? Y entonces, ¡pam! *The Story of Dr. Wassell* ¿Ha visto esa película? Cecil B. DeMille. Gary Cooper. La leche. Me mato a trabajar, todo está listo: van a hacerle una prueba para el papel de enfermera del doctor Wassell. Bueno, una de las enfermeras. Y entonces, ¡pam! Suena el teléfono

—descolgó un teléfono que flotaba en el aire, y se lo llevó a la oreja—. Soy Holly, me dice, hola cariño, le digo yo, estoy en Nueva York, dice, ¿qué coño estás haciendo en Nueva York, le digo, si es domingo y mañana mismo tienes la prueba? Estoy en Nueva York, dice ella, porque nunca había estado en Nueva York. Ya puedes aposentar tu culo en un avión, le digo, y volver ahora mismo. No quiero, dice ella. ¿Qué te pasa, niña?, le digo yo. Y ella me dice, para que las cosas salgan bien tienes que querer hacerlas, y yo no quiero. Bien, le digo, qué diablos quieres, y ella me dice, serás el primero en saberlo en cuanto lo averigüe. ¿Me entiende? No te devuelve más que un chasco tras otro.

El gato rojo bajó de un salto de la caja de embalaje, y fue a frotarse contra su pierna. Berman levantó el gato sobre la puntera de su zapato, y lo alejó de una patada, lo cual hubiera sido francamente detestable por su parte si no hubiera sido porque estaba tan metido en su propia irritabilidad que ni se enteró de la existencia del gato.

—¿Es *esto* lo que quiere? —dijo, abriendo desesperadamente los brazos— ¿Una pandilla de tipos a los que no ha invitado? ¿Vivir de propinas? ¿Andar por ahí con desarrapados? ¿Para poder quizá casarse con Rusty Trawler? ¿Cree ella que tendríamos que condecorarla por comportarse así?

Esperó, con la mirada llameante.

—Disculpe, pero no conozco a ese señor.

—Si no conoce a Rusty Trawler, difícilmente puede saber nada de la niña. Lástima —dijo, haciendo chasquear la lengua dentro de su enorme cabezota—. Yo esperaba que tuviese usted cierta influencia. Que pudiese hablarle sinceramente antes de que sea demasiado tarde.

—Pero, por lo que dice, ya es demasiado tarde.

Exhaló un anillo de humo y dejó que se desvaneciera antes de sonreír; la sonrisa le alteró el rostro, hizo que se le suavizara.

—Podría conseguir que todo volviese a rodar. Ya se lo he dicho —dijo, y parecía sincero—, esa niña me gusta de verdad.

—¿Qué chismorreas, O. J.?

Holly entró chorreando en la habitación, con una toalla más o menos envuelta en torno al cuerpo, y los pies goteantes dejando sus huellas en el suelo.

—Lo de siempre. Que estás chiflada.

—Fred ya está enterado de eso.

—Pero tú no.

—Enciéndeme un pitillo, anda —dijo, arrancándose de la cabeza el gorro de ducha y sacudiendo el pelo—. No te hablaba a ti, O. J. Eres un desgraciado. Siempre hablas más de la cuenta.

Recogió el gato y se lo montó en el hombro. El gato se instaló allí, tan buen equilibrista como un pájaro, con las uñas enredadas en el cabello de Holly, como si

fuese un ovillo de lana; sin embargo, pese a esta actitud amistosa, era un gato sombrío con cara de pirata asesino; tenía un ojo ciego y viscoso, y el otro moteado de malicia.

—O. J. es un desgraciado —me dijo Holly, cogiendo el pitillo que yo acababa de encenderle—. Pero sabe una endiablada cantidad de teléfonos. ¿Cuál es el número de David O. Selznick, O. J.?

—Anda por ahí.

—No es broma. Quiero que le llames y le digas que Fred es un genio. Ha escrito montañas de historias maravillosas. No te sonrojes, Fred; no eres tú quien ha dicho que eres un genio, he sido yo. Venga, O. J. ¿Qué vas a hacer para que Fred gane una fortuna?

—Pongamos que dejas que yo mismo arregle ese asunto con Fred, ¿eh?

—No lo olvides —dijo Holly, dejándonos—. Yo soy su agente. Otra cosa, si grito, ven a subirme la cremallera. Y si llama alguien, que pase.

Llamo una multitud. Durante el siguiente cuato de hora el apartamento fue asaltado por un montón de hombres con cara de ir a una despedida de soltero, entre ellos varios tipos de uniforme. Conté dos oficiales de la Marina y un coronel de las Fuerzas Aéreas; pero les superaban en número los tipos canosos con la mili terminada hacía mucho tiempo. Aparte de la falta de juventud, no había ningún tema común entre los invitados, parecían desconocidos entre desconocidos; de hecho, cada uno de los rostros se había esforzado, en el momento de entrar, por ocultar la decepción sentida al ver allí a los demás. Era como si la anfitriona hubiese repartido las invitaciones mientras recorría en zigzag varios bares; y seguramente había sido así. Tras los iniciales gestos ceñudos, sin embargo, todos fueron mezclándose sin musitar ni una queja, sobre todo O. J. Berman, que explotó ávidamente a los recién llegados para no tener que hablar conmigo de mi futuro en Hollywood. Quedé abandonado junto a la librería; de los libros que contenía, más de la mitad trataban de caballos, y el resto de baseball. Mientras fingía interesarme por *Cómo distinguir las razas equinas* tuve amplias oportunidades para tomarles las medidas a los amigos de Holly.

Al poco rato uno de ellos adquirió cierta notoriedad en medio del grupo. Era un crío de mediana edad que nunca había llegado a desprenderse de sus michelines infantiles, aunque algún ingenioso sastre se las había arreglado para camuflar casi por entero aquel rollizo culo al que te daban ganas de azotar. No había modo de sospechar siquiera la presencia de algún hueso en todo su cuerpo; la cara, un cero relleno de bonitos rasgos en miniatura, poseía un aire fresco, virginal: era como si, después de nacer, se hubiese hinchado simplemente, y tenía la piel tan libre de arrugas como un globo, y en los labios, aunque prestos a berrear y hacer rabietas, asomaba un mimado y dulce puchero. Pero no era su aspecto lo que le hizo destacar: los niños crecidos no son tan infrecuentes. Sino, más bien, su comportamiento;

porque actuaba como si fuese él quien daba la fiesta: a la manera de un pulpo rebosante de energía, agitaba martinis, hacía presentaciones, se encargaba del tocadiscos. Para ser justos con él, hay que añadir que sus actividades estaban siendo dictadas por la anfitriona: *Rusty, te importaría; Rusty, hazme el favor*. Si estaba enamorado de ella, era evidente que sostenía con firmeza las riendas de sus celos. Un hombre celoso hubiese podido perder el control viéndola deslizarse por la habitación, con el gato en una mano pero con la otra libre para enderezar una corbata o sacudir la hilacha de una solapa; la medalla que llevaba el coronel de las Fuerzas Aéreas se vio sometida a un concienzudo lustrado.

El tipo se llamaba Rutherfurd («Rusty») Trawler. En 1908 había perdido a sus progenitores; su padre, víctima de un anarquista, y su madre a consecuencia de la conmoción, y esta doble desgracia convirtió a Rusty en huérfano, en millonario y en personaje popular, y todo eso a los cinco años de edad. Desde entonces había sido un socorrido recurso para los suplementos dominicales, y esta circunstancia alcanzó su huracanada culminación el día en que, siendo todavía un colegial, consiguió que su padrino y tutor fuese detenido, acusado de sodomía. Posteriormente, las bodas y los divorcios le permitieron conservar su lugar bajo el sol de los tabloides. Su primera esposa se largó, con pensión incluida, a vivir con un rival de Father Divine[3]. La segunda esposa no parece haber dejado rastro, pero la tercera le puso una demanda de divorcio en el estado de Nueva York, aportando un buen montón de testimonios, de esos que resultan vinculantes. Fue él mismo quien se divorció de la última Mrs. Trawler, y su principal queja consistió en decir que ella se había amotinado a bordo de su yate, y que el susodicho motín resultó en el abandono de Rusty en las Dry Tortugas. Aunque desde entonces se había mantenido soltero, parece ser que antes de la guerra se había declarado a Unity Mitford[4], o, como mínimo, se supone que le envió un telegrama ofreciéndose a casarse con ella en caso de que Hitler no quisiera hacerlo. Se dijo que éste fue el motivo por el que Winchell solía llamarle nazi; por eso y porque asistió a varios mítines en Yorkville.

No me enteré de todo eso porque alguien me lo contara. Lo leí en la *Guía del baseball*, otro selecto volumen del estante de Holly, y que ella utilizaba, aparentemente, como álbum de recortes. Metidos entre sus páginas había artículos de los dominicales, y frases entresacadas de las columnas de chismorreos. *Rusty Trawler y Holly Golightly acudieron juntos al estreno de «One Touch of Venus»*. Holly se me acercó por la espalda y me pilló leyendo: *Miss Holiday Golightly, de los Golightly de Boston, hace que todos los días sean fiesta para Rusty Trawler, el hombre de 24 quilates*.

—¿Admiras mi publicidad, o eres aficionado al baseball? —dijo, poniéndose bien las gafas de sol mientras miraba por encima de mi hombro.

—¿Cuál ha sido el informe meteorológico de esta semana?

Me guiñó un ojo, pero no fue en broma: era una advertencia.

—Me apasionan los caballos, pero detesto el baseball —me dijo, y el submensaje que transmitía su tono me dijo que quería que me olvidase de que una vez me había hablado de Sally Tomato—. Detesto escuchar las carreras por radio, pero tengo que hacerlo, forma parte de mi preparación. Los hombres no saben hablar de casi nada. A los que no les gusta el baseball, les gustan los caballos, y si no les gusta ninguna de las dos cosas, bueno, seguro que de todos modos me he metido en un lío: tampoco les gustan las chicas. ¿Qué tal te llevas con O. J.?

—Nos hemos separado por mutuo acuerdo.

—Es una oportunidad, créeme.

—Ya me lo imagino. Pero no creo que nada de lo que yo hago pueda parecerle una oportunidad a él.

—Vete hacia allá —insistió ella—, y convéncele de que no da risa de sólo verle. Te puede ayudar de verdad, Fred.

—Según tengo entendido, tú no supiste valorar su ayuda —me miró algo desconcertada, hasta que dije—: *The Story of Dr. Wassell*.

—¿Todavía insiste? —dijo, y dirigió una mirada cariñosa hacia Berman, al otro lado de la habitación—. En una cosa tiene razón: *debería* sentirme culpable. Y no porque hubiesen podido darme el papel ni porque yo hubiese podido ser buena actriz; ni ellos querían, ni yo quería. Si me siento culpable es, supongo, porque dejé que él siguiera soñando cuando yo ya había dejado de soñar. Estuve engañándoles durante un tiempo porque quería pulirme un poco, pero sabía muy bien que jamás llegaría a ser una estrella de cine. Es demasiado esfuerzo; y, si eres inteligente, da demasiada vergüenza. Me falta el suficiente grado de complejo de inferioridad: para ser una estrella de cine hay que ser, según dice la gente, tremendamente narcisista; de hecho, lo esencial es no serlo en absoluto. No quiero decir que el ser rica y famosa fuera a fastidiarme. Esas son cosas que ocupan un lugar importante en mis planes, y algún día trataré de conseguirlas; pero, si las consigo, querría seguir gustándome a mí misma. Quiero seguir siendo yo cuando una mañana, al despertar, recuerde que tengo que desayunar en Tiffany's. Necesitas una copa —dijo, viendo mis manos vacías—, ¡Rusty! ¿Querrías prepararle un trago a este amigo?

Seguía con el gato en sus brazos.

—Pobre desgraciado —dijo, haciéndole cosquillas en la cabeza—, pobre desgraciado que ni siquiera tiene nombre. Es un poco fastidioso eso de que no tenga nombre. Pero no tengo ningún derecho a ponérselo: tendrá que esperar a ser el gato de alguien. Nos encontramos un día junto al río, pero ninguno de los dos le pertenece al otro. El es independiente, y yo también. No quiero poseer nada hasta que encuentre un lugar en donde yo esté en mi lugar y las cosas estén en el suyo. Todavía no estoy segura de dónde está ese lugar. Pero sé qué aspecto tiene —sonrió, y dejó caer el gato

al suelo—. Es como Tiffany's —dijo—. Y no creas que me muero por las joyas. Los diamantes sí. Pero llevar diamantes sin haber cumplido los cuarenta es una horterada; y entonces todavía resulta peligroso. Sólo quedan bien cuando los llevan mujeres verdaderamente viejas. Maria Ouspenskaya. Arrugas y huesos, canas y diamantes: me muero de ganas de que llegue ese momento. Pero no es eso lo que me vuelve loca de Tiffany's. Oye, ¿sabes esos días en los que te viene la malea?

—¿Algo así como cuando sientes morriña?

—No —dijo lentamente—. No, la morriña te viene porque has engordado o porque llueve muchos días seguidos. Te quedas triste, pero nada más. Pero la malea es horrible. Te entra miedo y te pones a sudar horrores, pero no sabes de qué tienes miedo. Sólo que va a pasar alguna cosa mala, pero no sabes cuál. ¿Has tenido esa sensación?

—Muy a menudo. Hay quienes lo llaman *angst*.

—De acuerdo. *Angst*. Pero ¿cómo le pones remedio?

—No sé, a veces ayuda una copa.

—Ya lo he probado. También he probado con aspirinas. Rusty opina que tendría que fumar marihuana, y lo hice, una temporada, pero sólo me entra la risa tonta. He comprobado que lo que mejor me sienta es tomar un taxi e ir a Tiffany's. Me calma de golpe, ese silencio, esa atmósfera tan arrogante; en un sitio así no podría ocurrirte nada malo, sería imposible, en medio de todos esos hombres con los trajes tan elegantes, y ese encantador aroma a plata y a billetero de cocodrilo. Si encontrase un lugar de la vida real en donde me sintiera como me siento en Tiffany's, me compraría unos cuantos muebles y le pondría nombre al gato. He pensado que, después de la guerra, Fred y yo… —alzó sus gafas de sol, y sus ojos, todos sus diversos colores, los grises y las motas verdes y azules, habían adquirido una agudeza visionaria—. Una vez estuve en México. Es un país magnífico para la cría de caballos. Vi un sitio junto al mar. Fred entiende mucho de caballos.

Se acercó Rusty Trawler con un martini; me lo dio sin mirarme.

—Estoy hambriento —anunció, y su voz, tan aniñada como todo él, emitió un enervante gemido de mocoso que parecía echarle las culpas a Holly—. Son las siete y media y estoy hambriento. Ya sabes lo que dijo el médico.

—Sí, Rusty. Sé lo que dijo el médico.

—Pues, entonces, levanta la sesión. Vámonos.

—Me gustaría que te comportaras como es debido, Rusty.

Se lo dijo sin alzar la voz, pero su tono insinuaba esa amenaza de castigo que pronuncia la institutriz, y provocó en el rostro de Rusty un peculiar sonrojo de placer, de gratitud.

—No me quieres —se quejó él, como si estuvieran solos.

—Nadie quiere a los niños malos.

Era obvio que Holly había dicho lo que él quería oír; aquello, al parecer, le excitó y relajó simultáneamente. Pero, como si se tratara de un ritual, Rusty añadió:

—¿Me quieres?

—Vuelve a tus obligaciones, Rusty —le dio unas palmaditas—. Y, cuando yo esté lista, iremos a cenar donde tú quieras.

—¿A Chinatown?

—Ya sabes que no puedes comer cerdo agridulce. Recuerda lo que dijo el médico.

Mientras él regresaba con un satisfecho anadeo a sus ocupaciones, no pude resistir la tentación de recordarle a Holly que no había contestado la pregunta de Rusty.

—¿Le quieres?

—Ya te lo dije: con buena voluntad, se puede querer a cualquiera. Además, tuvo una infancia repugnante.

—Si tan repugnante fue, ¿por qué se aferra a ella?

—Utiliza los sesos. ¿No ves que Rusty se siente más seguro en pañales que si tuviera que ponerse falda? Y ésa es en realidad la alternativa, sólo que es muy susceptible al respecto. Una vez trató de clavarme el cuchillo de la mantequilla porque le dije que ya era hora de que creciese y se enfrentara al problema, que sentase la cabeza e hiciera de ama de casa junto a un camionero amable y paternal. Entretanto, le tengo en mis manos; lo cual está muy bien, es inofensivo, las chicas no son para él más que muñecas, literalmente.

—Gracias a Dios.

—La verdad, si pudiera decirse lo mismo de la mayoría de los hombres, yo al menos no le estaría en absoluto agradecida a Dios.

—Quería decir que gracias a Dios que no tengas intención de casarte con Mr. Trawler.

Holly enarcó una ceja:

—Por cierto, no he dicho que no sepa lo rico que es. Incluso en México, un terreno cuesta su dinero. Bien —dijo, empujándome—, vamos a por O. J.

Me resistí, tratando de idear alguna fórmula que me permitiese aplazar el encuentro. Hasta que lo recordé:

—¿Y por qué eso de *Viajera*?

—¿Te refieres a mi tarjeta? —dijo ella, desconcertada— ¿Te parece gracioso?

—Gracioso no. Sólo provocativo.

Holly se encogió de hombros.

—Al fin y al cabo, ¿cómo voy a adivinar dónde estaré viviendo mañana? Por eso les dije que pusieran *Viajera*. En fin, lo de las tarjetas fue tirar el dinero. Pero me parecía que estaba obligada a hacer allí algún gasto. Son de Tiffany’s —cogió mi martini, que yo ni siquiera había probado; lo vació de dos tragos, y me agarró la

mano—. Déjate de evasivas. Vas a hacerte amigo de O. J.

Se produjo un incidente en la puerta. Era una joven, que entró como un vendaval, una tempestad de foulards y tintineante oro.

—Ho-Holly —dijo, avanzando con un amenazador dedo en alto—, maldita acaparadora. ¡Cómo se te ocurre coleccionar a toda esta pan-pandilla de hombres arre-arrebatadores!

Superaba holgadamente el metro ochenta, era más alta que la mayor parte de los hombres presentes. Todos ellos enderezaron la espalda, encogieron el estómago; hubo un generalizado concurso, a ver quién igualaba su tambaleante estatura.

—¿Qué haces aquí? —dijo Holly, y los labios se le contrajeron como un cordel tensado.

—Na-nada, cariño. He estado trabajando arriba, con Yunioshi. Fotos navideñas para *Ba-bazaar*. ¿Te has enfadado, cariño? —esparció una sonrisa por entre los presentes—. Y vosotros, chicos, ¿también os ha-habéis enfadado conmigo por haberme entrometido en vu-vuestra fiesta?

Rusty Trawler soltó una risilla disimulada. Le apretujó el brazo, como si quisiera admirar su musculatura, y le preguntó si le apetecía una copa.

—Desde luego —dijo ella—. Un bourbon.

—No hay —le dijo Holly.

Circunstancia que el coronel de las Fuerzas Aéreas aprovechó para sugerir que estaba dispuesto a ir por una botella.

—No hace falta ar-armar ningún alboroto, os lo aseguro. Me conformaría hasta con amoníaco. Holly, chata —dijo, empujándola un poquito—, no te preocupes por mí. Yo misma me presentaré —se agachó hacia O. J. Berman, cuyos ojos, como suele ocurrirles a los hombres bajos cuando están en presencia de una mujer alta, se habían velado con un vaho de ambición—. Soy Mag Wi-Wildwood, de Wild-woo-woo-wood, Arkansas. Una zona montañosa.

Parecía una danza, en la que Berman ejecutaba unos complicados pasos a fin de impedir que sus rivales pudieran interponerse en su camino. Pero Mag se le escapó, arrastrada por una cuadrilla de bailarines que comenzaron a engullir los tartajeantes chistes de la chica como palomas precipitándose sobre un puñado de maíz tostado. Su éxito era muy comprensible. Era la fealdad derrotada, que suele ser mucho más cautivadora que la verdadera belleza, aunque sólo sea por la paradoja que lleva consigo. A diferencia de ese otro método que consiste en el simple buen gusto acompañado de cuidados científicos, en este caso el éxito era consecuencia de la exageración de los defectos; Mag había logrado transformarlos en adornos por el procedimiento de exagerarlos con la mayor osadía. Unos tacones que realzaban su estatura, tan altos que le temblaban los tobillos; un corpiño ajustado y plano que indicaba que hubiera podido ir a la playa vestida sólo con pantalón de baño; el

cabello peinado muy tirante hacia atrás, para acentuar los rasgos enjutos y magros de su cara de modelo. Incluso el tartamudeo, auténtico, sin duda, pero también un poco forzado, había sido transformado en virtud. Ese tartamudeo era el toque maestro; porque gracias a él se las arreglaba para que sus trivialidades pareciesen de algún modo originales, y, en segundo lugar, porque servía, a pesar de su estatura, de su aplomo, para inspirar en sus oyentes masculinos un sentimiento protector. A modo de ilustración: hubo que pegarle unos cuantos golpes en la espalda a Berman, simplemente porque le oyó decir, «¿Quién pu-puede decirme dónde está el la-lavabo?»; y después, completando el ciclo, él mismo le ofreció el brazo para guiarla hasta allí.

—No hace ninguna falta —dijo Holly—. No será la primera vez que lo visite. Ya sabe dónde está.

Estaba vaciando ceniceros, y después de que Mag Wildwood saliera de la habitación, vació otro y dijo, o, más bien, gimió:

—En realidad es muy triste —hizo una pausa, la prolongó a fin de darse tiempo para calcular la cantidad de expresiones interrogativas, eran suficientes—. Y misterioso. Lo raro es que no se le note más. Pero bien sabe Dios que su *aspecto* es saludable. Y muy, no sé, *sano*. Eso es lo más extraordinario. ¿No dirías —preguntó preocupada, pero sin dirigirse a nadie en particular—, no dirías que parece estar sana?

Alguien tosió, varios tragaron saliva. Un oficial de la Marina, que sostenía la copa de Mag Wildwood, la dejó.

—Aunque, claro —dijo Holly—, he oído decir que son muchas las chicas del sur que tienen el mismo problema.

Se estremeció delicadamente, y se fue a buscar más hielo a la cocina.

Mag Wildwood fue incapaz de comprender, a su regreso, la repentina frialdad; las conversaciones que ella iniciaba tenían el mismo efecto que la leña verde, humeaban pero no llegaban a prender. Y, lo que resultaba más imperdonable incluso, la gente empezaba a irse sin haberle pedido antes su número de teléfono. El coronel de las Fuerzas Aéreas aprovechó para levantar el campamento un momento en que ella le daba la espalda, y esto fue la gota que colmó el vaso: el militar la había invitado a cenar con él esa noche. De repente, Mag se cegó. Y como la ginebra guarda la misma relación con el artificio que las lágrimas con el rímel, su atractivo se descompuso de forma instantánea. Comenzó a meterse con todo el mundo. Tachó a su anfitriona de degenerada hollywoodiense. Retó a un cincuentón a pelear con ella. Le dijo a Berman que Hitler tenía razón. Y hasta logró reanimar a Rusty Trawler acorralándole en un rincón.

—¿Sabes lo que te espera? —le dijo, sin rastro de tartamudeo— Te haré correr hasta el zoo y te echaré al yak para que te coma.

El pareció dispuesto a seguir sus planes, pero Mag le decepcionó porque se dejó

caer al suelo y se quedó allí sentada, tarareando una canción.

—Me aburres. Levántate de ahí —le dijo Holly, acabando de ponerse unos guantes.

El resto de la concurrencia esperaba en la puerta, y al ver que Mag no se levantaba, Holly me dirigió una mirada de disculpa:

—Pórtate como un buen chico, Fred. Mételа en un taxi. Vive en Winslow.

—No, en Barbizon. Regent 4-5700. Pregunta por Mag Wildwood.

—Eres un buen chico, Fred.

Y se fueron. La perspectiva de tener que tirar de aquella amazona hasta un taxi bastó para borrar todo resto de resentimiento que pudiera quedarme. Pero ella misma resolvió el problema. Levantándose a impulsos de su propio enfurecimiento, me miró desde su tremenda estatura con tambaleante altivez, y me dijo:

—Vamos al Stork. Te ha tocado la rifa.

Y a continuación cayó cuan larga era, como un roble talado. Lo primero que se me ocurrió fue ir por un médico. Pero al examinarla comprobé que su pulso era normal y su respiración rítmica. Estaba simplemente dormida. Después de meterle una almohada debajo de la cabeza, la dejé disfrutando de su sueño.

Al día siguiente por la tarde choqué con Holly en la escalera.

—*¡Serás…!* —me dijo, sin detener su carrera, cargada con un paquete de la farmacia—. Ahí está, al borde de la pulmonía. Una resaca de campeonato. Y, encima, la malea.

Deduje de todo esto que Mag Wildwood seguía en el apartamento, pero Holly no me dio pie para explorar la sorprendente simpatía que ahora mostraba por ella. A lo largo del fin de semana el misterio fue oscureciéndose más aún. En primer lugar, por el tipo de aspecto latino que llamó a mi puerta; por error, pues preguntó por Miss Wildwood. Me costó un buen rato sacarle de su engaño, ya que nuestros respectivos acentos parecían mutuamente incompatibles, pero le bastó ese tiempo para dejarme fascinado. Era una combinación meticulosamente perfecta, y tanto su oscura tez como su cuerpo de torero poseían una exactitud, una perfección comparables a las de una manzana, una naranja, una de esas cosas que la naturaleza hace impecablemente. A lo cual había que añadir, en calidad de adornos, el traje inglés, la colonia intensa y, cosa aún menos latina, su timidez. El segundo acontecimiento del día le tuvo también como protagonista. Atardecía, y le vi llegar en un taxi cuando salía a cenar. El taxista le ayudó a entrar en el portal todo un cargamento de maletas. Lo cual me proporcionó un nuevo tema de reflexión. Cuando llegó el domingo me dolía la cabeza.

A continuación la imagen se hizo simultáneamente más clara y más oscura.

El domingo hizo un día típico del veranillo de San Martín, brillaba el sol con intensidad, tenía la ventana de mi cuarto abierta, y me llegaban voces desde la escalera de incendios.

Holly y Mag se habían despatarrado abajo sobre una manta, con el gato entre las dos. Les colgaba el cabello mojado, recién lavado. Estaban muy atareadas, Holly pintándose las uñas de los pies, Mag tejiendo un jersey. Hablaba Mag.

—Si quieres saber mi opinión, eres una chica con su-suerte. Como mínimo, Rusty es norteamericano.

—¡Habrá que felicitarle!

—*Chata*, que estamos en guerra.

—Pues, en cuanto termine, no volverás a verme el pelo.

—No pienso como tú. Estoy or-orgullosa de mi país. Los hombres de mi familia siempre fueron grandes soldados. Hay una estatua del abuelo Wildwood justo en el centro de Wildwood.

—Fred es soldado —dijo Holly—, pero dudo que alguna vez llegue a ser una estatua. Podría serlo. Dicen que la gente, cuanto más estúpida, más valiente. Y él es bastante estúpido.

—¿Fred es ese chico del piso de arriba? No me di cuenta de que fuese un soldado. Pero sí parece estúpido.

—Un soñador, no un estúpido. Lo que más le gusta es estar encerrado en donde sea, mirando afuera: cualquiera que tenga la nariz aplastada contra un cristal tiene que parecer estúpido a la fuerza. De todos modos, ése es otro Fred. Fred es mi hermano.

—¿Y llamas estúpido a alguien que lleva tu misma sangre?

—Si lo es, lo es.

—Quizá, pero es de mal gusto decirlo de un chico que está combatiendo por ti y por mí y por todos nosotros.

—¿Qué es esto? ¿Un discurso para vender bonos de guerra?

—Simplemente, quiero que sepas lo que pienso. Puedo reírme de cualquier chiste, pero por dentro soy una persona muy se-seria. Y estoy orgullosa de ser norteamericana. Por eso me preocupa José —abandonó su labor—. ¿Verdad que te parece guapísimo? —Holly dijo Hmn, y le pasó el pincel de uñas por los bigotes al gato—. Ojalá consiguiera hacerme a la idea de que voy a casarme con un brasileño. Y de que yo *seré* brasileña. Se me hace muy cuesta arriba. Nueve mil kilómetros, y ni siquiera conozco su idioma…

—Vete a la Berlitz.

—¿Y cómo diablos quieres que den clases de po-portugués? Si casi parece imposible que haya alguien que hable ese idioma. No, la única solución que se me ocurre es conseguir que José se olvide de la política y se haga norteamericano. ¡Cómo se le puede ocurrir a nadie querer ser pre-presidente nada menos que del *Brasil*! —suspiró y volvió a coger la labor—. Debo de estar locamente enamorada. Tú nos has visto juntos. ¿Crees que estoy locamente enamorada?

—Te diré… ¿Muerde?

A Mag se le escapó un punto.

—¿Que si muerde?

—Que si te muerde a ti. En la cama.

—Pues no, la verdad. ¿Te parece que debería hacerlo? —luego añadió, en tono de censura—. Pero se ríe.

—Bien. Eso me parece correcto. Me gustan los hombres con sentido del humor, la mayoría no hacen más que jadear y soltar bufidos.

Mag retiró su queja; aceptó el comentario como un halago que se reflejaba en ella.

—Sí. Yo diría que sí.

—Bien. No muerde. Ríe. ¿Qué más?

Mag volvió a contar los puntos hasta el que se había saltado, y reanudó luego la labor. Estaba haciendo punto del revés.

—Te he dicho que qué más.

—Ya te he oído. Y no es que no te lo quiera contar. Pero me cuesta mucho acordarme. No les doy vu-vueltas a esas cosas. No tanto como pareces hacerlo tú. Se me olvidan, como los sueños. Estoy segura de que eso es lo co-corriente.

—Puede que sea corriente, pero yo prefiero ser rara —Holly interrumpió un momento su tarea, consistente en ir pintando de rojo el resto de los bigotes del gato —. Mira, si no consigues acordarte, prueba a ver qué pasa si dejas la luz encendida.

—Entiéndeme, por favor, Holly. Soy una persona *superconvencionalísima*.

—Qué cojones, ¿te parece mal echarle una buena ojeada a un tipo que te gusta? Los hombres son preciosos, hay muchos que lo son, José lo es, y si ni siquiera te dignas *mirarle*, no sé, yo diría que le están sirviendo un plato de macarrones bastante frío.

—No grites ta-tanto.

—Es imposible que estés enamorada de él. Y bien, ¿responde esto a tu pregunta?

—No. Porque no soy un plato de macarrones frío. Tengo un corazón muy cálido. Esa es la esencia misma de mi carácter.

—De acuerdo. Tienes un corazón muy cálido. Pero si yo fuese un hombre que está yéndose a la cama, preferida llevarme una botella de agua caliente. Es más tangible.

—José no es de los que chillan —dijo, muy satisfecha, mientras el sol arrancaba destellos de sus agujas—. Además, estoy enamorada de él. ¿Te has dado cuenta de que he tejido diez pares de calcetines a cuadros en menos de tres meses? Y éste es el segundo suéter —estiró el suéter y lo echó a un lado—. ¿Para qué?, me pregunto. Sueters en Brasil. Tendría que estar haciendo cascos para el sol.

Holly se tendió de espaldas y bostezó.

—También debe de haber invierno.

—Es cuando llueve, eso al menos sí lo sé. Calor. Lluvia. Se-selvas.

—Calor. Selvas. ¿Sabes que me gustaría?

—Mucho más que a mí.

—Sí —dijo Holly, en un tono adormilado que no era de sueño—. Mucho más que a ti.

El lunes, cuando bajé por el correo de la mañana, la tarjeta del buzón de Holly estaba cambiada: Miss Golightly y Miss Wildwood viajaban ahora juntas. Esto hubiese podido retener mi interés un momento más, pero había una carta en mi buzón. Era de una pequeña revista universitaria a la que había remitido un cuento. Les había gustado; y, aunque me pedían que entendiese que no podían permitirse el lujo de pagarme, tenían intención de publicarlo. Publicarlo: lo cual equivalía a *letra impresa*. Borracho de excitación no es una simple frase. Tenía que decírselo a alguien: y, subiendo las escaleras de dos en dos, aporreé la puerta de Holly.

Supuse que mi voz no sería capaz de transmitir la noticia; en cuanto salió a la puerta, bizqueando de sueño, arremetí con la carta contra ella. Para cuando me la devolvió, tuve la sensación de que había tardado el tiempo suficiente como para leer sesenta páginas.

—Yo no se lo autorizaría. Si no pagan, nada —dijo, bostezando.

Es posible que mi expresión bastara para hacerle entender que no lo había comprendido, que no buscaba consejo sino una felicitación: sus labios pasaron del bostezo a la sonrisa.

—Oh, ya veo. Es maravilloso. Bueno, pasa —dijo—. Haremos café y lo celebraremos. No. Me vestiré y te invitaré a comer.

Su dormitorio estaba en armonía con la sala: perpetuaba aquel mismo ambiente de campamento a punto de ser levantado; cajas de embalaje y maletas, todo cerrado y listo para la partida, como las pertenencias de un delincuente que sabe que la ley anda pisándole los talones. En la sala no había muebles propiamente dichos, pero la habitación contaba con una cama, de matrimonio, por cierto, y espectacular: madera clara, satén con borlas.

Dejó abierta la puerta del baño y charló desde allí; entre chorros y fregoteos, la mayor parte de lo que dijo resultó ininteligible, pero en esencia era: me *suponía* al tanto de que Mag Wildwood se había instalado allí, lo cual era muy *práctico*, porque, si necesitas una compañera de habitación, en el supuesto de que *no* pueda ser bollera,

no hay nada mejor que una chica que sea *absolutamente* tonta, que es lo que Mag era en su opinión, porque entonces es facilísimo dejar que pague ella el alquiler y que vaya ella a la lavandería.

Era evidente que Holly tenía problemas con la lavandería; la habitación, como un gimnasio de chicas, estaba sembrada de ropa sucia.

—… y, sabes, es una modelo que tiene mucho éxito, ¿no es *fantástico*? Lo cual me va muy bien —dijo, saliendo del baño a pata coja, porque al mismo tiempo se estaba ajustando la faja—. Seguro que no tendré que aguantarla todo el día. Y no creo que haya muchos problemas en el frente de los hombres. Está prometida. Buen chico. Aunque hay una leve diferencia de estatura: un palmo, yo diría, a favor de ella. Dónde diablos…

Estaba de rodillas, metiendo el brazo bajo la cama. Cuando encontró lo que buscaba, unos zapatos de lagarto, tuvo que buscar una blusa, un cinturón, y me dio que pensar largamente que, pese a todo aquel desbarajuste, consiguiese al final el resultado apetecido: un aspecto de persona mimada por la vida, serenamente inmaculado, como si la hubiesen estado cuidando las doncellas de Cleopatra.

—Escúchame —dijo, y tomó mi barbilla en su palma—. Me alegra lo del cuento. De verdad.

Aquel lunes de octubre de 1943. Un día precioso, alegre como un pájaro. Nos tomamos para empezar sendos manhattans en el bar de Joe Bell; y, cuando éste se enteró de mi buena suerte, cócteles de champán por cuenta de la casa. Después paseamos hasta la Quinta Avenida, en donde había un desfile. Las banderas al viento, el retumbar de las bandas militares, no parecían tener relación alguna con la guerra sino que más bien parecían una fanfarria organizada exclusivamente en mi honor.

Comimos en la cafetería del parque. Luego, dando un rodeo para no pasar por el zoológico (Holly dijo que no soportaba la visión de cosas enjauladas), reímos, corrimos y cantamos por los senderos que conducen al viejo cobertizo de madera que en aquel entonces albergaba los botes, y que ahora ya ha desaparecido. En el lago flotaban hojas; un jardinero abanicaba en la orilla una hoguera de hojarasca, y el humo, alzándose como las señales de los indios, era la única mancha del aire estremecido. Nunca me han dicho nada los abriles, es el otoño lo que me parece la estación inaugural, primaveral; y así me sentí mientras permanecía sentado con Holly en la barandilla de la entrada del cobertizo. Pensé en el futuro, y hablé del pasado. Porque Holly quiso saber cosas de mi infancia. Ella habló también de la suya; pero fue un recital esquivo, sin nombre ni lugar, impresionista, aunque la impresión que recibí era opuesta a la que me había esperado, pues me hizo unas descripciones casi voluptuosas de baños veraniegos, árboles navideños, guapos primos, festejos: en pocas palabras, alegre en un sentido en que ella no lo era, y en modo alguno, desde luego, el pasado de una chica que se ha fugado de su casa.

¿O, le pregunté, quizá no era cierto que se había largado a vivir por su cuenta cuando sólo tenía catorce años? Se frotó la nariz.

—Eso es cierto. Lo otro no. Aunque, la verdad, tu descripción de *tu* infancia ha sido tan trágica que me ha parecido inoportuno rivalizar contigo.

Bajó de la barandilla dando un salto.

—En fin, esto me recuerda que tendría que mandarle un poco de mantequilla de cacahuete a Fred.

Nos pasamos el resto de la tarde caminando al este y al oeste, arrancándoles con añagazas a diversos tenderos numerosas latas de mantequilla de cacahuete, que iba muy escasa en los años de la guerra; oscureció sin que hubiésemos obtenido más que media docena de tarros, el último en una charcutería de la Tercera Avenida, cerca de la tienda de antigüedades en cuyo escaparate se encontraba aquella palaciega jaula, de manera que la llevé hasta allí para que la viese, y Holly supo apreciar su encanto, su fantasía.

—De todos modos, es una jaula.

Cuando pasábamos delante de un Woolworth's, me agarró fuertemente el brazo:

—Robemos algo —dijo, tirando de mí hacia el interior de la tienda, en donde, de inmediato, me pareció sentir el acoso de las miradas, como si ya fuésemos sospechosos—. Venga. No seas gallina.

Exploró un mostrador con montañas de calabazas de papel y máscaras para la noche de Halloween[5]. La dependienta estaba atareada con un grupo de monjas que se probaban máscaras. Holly cogió una máscara y se la puso; eligió otra, y me la puso a mí; luego me tomó de la mano y salimos. Así de sencillo. Una vez en la calle, corrimos a lo largo de varias manzanas, creo que sólo para añadirle emoción; pero también porque, tal como descubrí entonces, el ladrón se siente eufórico cuando un robo le sale bien. Le pregunté si robaba a menudo.

—Antes sí —dijo—. No me quedaba otro remedio si quería algo, lo que fuese. Pero todavía lo hago de vez en cuando, para no desentrenarme.

Aún llevábamos las máscaras puestas cuando llegamos a casa.

Guardo el recuerdo de otros muchos días de andar de acá para allá con Holly; y es cierto, hubo épocas en las que salíamos mucho juntos; pero el recuerdo, considerando las cosas en conjunto, es falso. Porque hacia finales de mes encontré un empleo: ¿hace falta añadir algo más? Mejor cuanto menos diga, aparte de mencionar que me resultaba imprescindible, y que duraba de nueve a cinco. Lo cual hizo que nuestros horarios, el de Holly y el mío, fuesen extremadamente distintos.

A no ser que fuera jueves, su día de Sing Sing, o que se hubiera ido al parque para montar a caballo, cosa que hacía de vez en cuando, Holly nunca se había levantado cuando yo regresaba a casa. En ocasiones, entraba en su piso y compartía su café mientras ella se vestía para la velada. Siempre estaba a punto de salir, no todas las veces con Rusty Trawler, pero casi todas, y también casi todas en compañía de Mag Wildwood y su guapo brasileño, cuyo nombre era José Ybarra-Jaegar: su madre era alemana. Como cuarteto, daban una nota desafinada, sobre todo por culpa de Ybarra-Jaegar, que parecía tan desplazado al lado de los otros como un violín en un grupo de jazz. Era un hombre inteligente, y presentable, y parecía tomarse bastante en serio su trabajo, que era oscuramente oficial, vagamente importante, y le obligaba a estar en Washington varios días por semana. ¿Cómo pudo sobrevivir noche tras noche en La Rue, El Morocco, escuchando el pa-parloteo de Mag Wildwood y mirando aquella cara de culo desnudo de niño que tenía Rusty? Es posible que, como la mayoría de la gente que se encuentra en un país extranjero, fuese incapaz de situar a la gente, de elegir un marco adecuado para su retrato, cosa que en Brasil le hubiese resultado de lo más sencillo; es decir, tenía que enjuiciar a todos los norteamericanos bajo una luz prácticamente uniforme, y desde este punto de vista sus acompañantes debían de parecerle ejemplos soportables del color local, del carácter nacional. Esto explicaría muchas cosas; la determinación de Holly explica las demás.

Una tarde, mientras estaba esperando un autobús en la Quinta Avenida, me fijé en un taxi que aparcaba en la acera de enfrente. Se apeó una chica, que luego subió corriendo la escalera de la biblioteca pública de la calle Cuarenta y dos. Entró antes

de que la reconociese, cosa disculpable dado que no era fácil relacionar a Holly con las bibliotecas. Dejé que la curiosidad me empujara a pasar entre los leones de la entrada, mientras discutía conmigo mismo sobre qué era más conveniente, si reconocer ante ella que la había seguido, o fingir que era una coincidencia. Al final no hice ni una cosa ni la otra, sino que me escondí a varias mesas de distancia en la sala de lectura, que es donde ella se había instalado, parapetada detrás de sus gafas oscuras y una fortaleza de libros que había amontonado en su pupitre. Pasó a toda velocidad de un libro a otro, se detuvo intermitentemente en alguna que otra página, siempre con el ceño fruncido, como si las letras estuvieran impresas del revés. Tenía un lápiz apoyado en el papel: nada parecía llamar su atención aunque, de vez en cuando, como si fuera de pura furia, garabateaba laboriosamente. Cuando la miraba recordé a una compañera de la escuela, Mildred Grossman. Mildred: su cabello húmedo y sus grasientas gafas, sus dedos manchados que diseccionaban ranas y llevaban café a los piquetes de huelguistas, y sus ojos deslustrados que sólo se alzaban hacia las estrellas para calcular su tonelaje químico. La tierra y el aire no podían ser más opuestos que Mildred y Holly, pero ambas adquirieron en mis pensamientos cierta semejanza siamesa, y la idea que las había entrelazado era más o menos la siguiente: los caracteres suelen ir evolucionando, y cada pocos años nuestros cuerpos experimentan una remodelación completa; tanto si es deseable como si no lo es, nada más natural que el que cambiemos. Pues bien, he aquí dos personas que no cambiarían jamás. Era esto lo que Mildred Grossman y Holly Golightly tenían en común. No cambiarían jamás porque su carácter se había formado antes de hora; lo cual, de la misma manera que los enriquecimientos repentinos, produce desproporciones: la una se había atribuido a sí misma el fachendoso papel de persona seria y realista; la otra, el de desviacionista romántica. Me las imaginé en un restaurante del futuro, Mildred dedicada todavía a estudiar la carta desde el punto de vista del valor nutritivo, y Holly con la misma glotonería de ahora por todos y cada uno de los platos. Nada cambiaría nunca. Andarían por la vida, y la abandonarían, con el mismo paso decidido que apenas toma en cuenta esos acantilados que quedan a la izquierda. Estas profundas observaciones hicieron que me olvidase del lugar en donde me encontraba; volví en mí, sobresaltado por la sombría luz de la biblioteca, y totalmente sorprendido otra vez de encontrar allí a Holly. Eran más de las siete, y estaba retocándose el carmín de los labios, y modificando, mediante la adición de un foulard y unos pendientes, el atuendo que le había parecido más adecuado para una biblioteca a fin de convertirlo en el adecuado para el Colony. Una vez se hubo ido, me acerqué a la mesa en donde había dejado sus libros, que eran lo que yo quería ver. *El sur del pájaro del trueno*. *Rincones desconocidos del Brasil*. *La mentalidad política latinoamericana*. Y así sucesivamente.

Holly y Mag dieron una fiesta por Nochebuena. Holly me pidió que fuese

temprano para que la ayudase a adornar el árbol. Todavía no entiendo cómo lograron meter aquel árbol en el apartamento. Sus ramas superiores estaban aplastadas contra el techo, y las bajas se extendían de pared a pared; en conjunto era más o menos como el abeto gigante que suelen instalar en la plaza Rockefeller. Es más, solamente todo un Rockefeller habría podido adornarlo, pues engullía las bolas y las cintas doradas como si se tratase de nieve derretida. Holly insinuó que podía ir a Woolworth's y robar allí unos cuantos globos; así lo hizo: y con ellos el árbol quedó bastante decente. Brindamos por nuestra labor, y Holly dijo:

—Mira en el dormitorio. Hay un regalo para ti.

También yo tenía un regalo para ella: un paquetito que llevaba en el bolsillo, y que me pareció más pequeño incluso cuando vi, en medio de la cama y envuelta con cinta roja, la maravillosa pajarera.

—Pero ¡Holly! ¡Es horrible!

—Estoy absolutamente de acuerdo contigo; pero me pareció que la querías.

—¡Me refiero al precio! ¡Trescientos cincuenta dólares!

Ella se encogió de hombros.

—Unos cuantos viajes de más al tocador. Pero me has de prometer una cosa. Me has de prometer que jamás meterás ahí dentro a ningún ser vivo.

Comencé a darle besos, pero ella levantó la mano.

—Dame el mío —dijo, palpando el bulto de mi bolsillo.

—Me temo que no es gran cosa. Y no lo era; una medalla de San Cristóbal. Pero, como mínimo, era de Tiffany's.

Holly no era una chica capaz de conservar nada, y a estas alturas seguro que ya ha perdido la medalla, que la ha abandonado en alguna maleta o en el cajón de algún hotel. Pero yo sigo conservando la pajarera. La he transportado a Nueva Orleans, a Nantucket, por toda Europa, Marruecos, el Caribe. Pero casi nunca me acuerdo de que fue Holly quien me la regaló, porque hubo un día en que decidí olvidarlo: tuvimos una tremenda pelea, y entre las diversas cosas que se pusieron a dar vueltas en el ojo de nuestro huracán estuvieron la pajarera y O. J. Berman y mi cuento, pues le di un ejemplar a Holly cuando aquella revista universitaria lo publicó.

A mediados de febrero Holly se fue de viaje turístico invernal con Rusty, Mag y José Ybarra-Jaegar. Nuestro altercado ocurrió poco después de su regreso. Holly estaba más negra que si se hubiese untado con yodo, el sol le había aclarado el cabello hasta dejárselo de un blanco fantasmagórico, y se lo había pasado muy bien:

—Mira, primero estuvimos en Key West, y Rusty se enfureció con unos marineros, o fue al revés, no sé, la cuestión es que tendrá que llevar una faja para la espalda durante el resto de sus días. Mi queridísima Mag también terminó en el hospital. Quemaduras de sol, de primer grado. Repugnante: ampollas y aceite de citronella por todo el cuerpo. Así que José y yo les dejamos en el hospital y nos fuimos a La Habana. El dijo espera a ver Río; pero, por lo que a mi respecta, me conformo con La Habana para gastarme allí todo mi dinero. Tuvimos un guía de los que no se olvidan, negro en un ochenta por ciento, y chino el resto, y aunque no me gusta mucho ni lo uno ni lo otro, la combinación era francamente fascinante; así que le dejé que jugara a hacer rodillitas por debajo de la mesa porque, para serte franca, no me pareció en absoluto vulgar; pero una noche nos llevó a ver una película porno, y ¿qué te imaginas que pasó? Pues que salía *él* en la pantalla. Naturalmente, cuando regresamos a Key West Mag estaba segura de que me había pasado todos los días acostándome con José. Y Rusty lo mismo: pero a él estas cosas le dan igual, sólo quiere que se lo cuentes con todo detalle. De hecho, la situación fue bastante tensa hasta que hablé con Mag de corazón a corazón.

Nos encontrábamos en la sala, en donde, aunque ya estábamos casi en marzo, el enorme árbol de Navidad, pardo y desprovisto ya de olor, con sus globos arrugados como las tetas de una vaca vieja, seguía ocupando la mayor parte del espacio. Una pieza reconocible como mueble había sido añadida: un camastro militar; y Holly, tratando de conservar su aspecto tropical, estaba tendida en él bajo una lámpara solar.

—¿Lograste convencerla?

—¿De que no me había acostado con José? Santo Dios, sí. Simplemente le dije, bueno, ya sabes: fingí que se trataba de una torturada confesión, le dije que yo era bollera.

—Es imposible que se lo creyese.

—Y un cuerno que no se lo creyó. ¿Por qué crees que se fue a comprar este catre de campaña? Déjalo en mis manos: cuando se trata de escandalizar a la gente, no tengo rival. Sé bueno, dame un poco de aceite en la espalda —mientras le hacía este servicio, ella prosiguió—. O. J. Berman ronda por aquí y, sabes, le he dado tu cuento, el de la revista. Le ha impresionado bastante. Ahora cree que quizá valga la pena echarte una mano. Pero dice que no vas por el buen camino. Negros y niños, ¿a quién le importan?

—Deduzco que a Mr. Berman no le interesan.

—Ni a mí. He leído el cuento dos veces. Mocosos y negrazos. Hojas temblorosas. *Descripciones*. No me dice nada.

Mi mano, que estaba extendiendo el aceite sobre su piel, pareció reaccionar por su cuenta: tenía ganas de alzarse para caer sobre las nalgas de Holly.

—Dame un ejemplo —dije sin acalorarme—. Un ejemplo de una historia que, en tu opinión, diga algo.

—*Cumbres borrascosas* —dijo ella, sin dudarlo.

Los deseos de mi mano comenzaban a escapar de mi control.

—Compararme con eso es una insensatez. Hablas de una obra genial.

—¿Verdad que lo es? *Mi dulce y salvaje Cathy*. Dios mío, lloré a mares. La vi diez veces.

Dije «Ah» con palpable alivio, un «Ah» acompañado de una inflexión de ignominiosa superioridad, «la *película*».

Sus músculos se endurecieron, era como tocar una piedra recalentada por el sol.

—Todo el mundo tiene que sentirse superior a otros —dijo—, pero, antes de demostrárselo a quien sea, es costumbre ofrecer alguna prueba.

—No estoy comparándome contigo. Ni con Berman. Por lo tanto, puedo sentirme superior. No buscamos lo mismo.

—¿No quieres ganar dinero?

—Mis planes no llegan tan lejos.

—A eso justamente suenan tus historias. Como si estuvieras escribiéndolas sin

saber el final. Pues mira, te diré una cosa: mejor sería que ganases dinero. Tienes una imaginación bastante cara. No encontrarás a mucha gente que pueda comprarte pajareras.

—Lo siento.

—Lo sentirás de verdad como me pegues. Hace un minuto estabas a punto de hacerlo: te lo he notado en la mano; y ahora también tienes ganas.

Y lo hice, brutalmente; aún me temblaba la mano, y el corazón, cuando tapé el frasco de aceite solar.

—Pues no, no me arrepiento. Sólo siento que te hayas gastado tanto dinero conmigo. Es muy duro tener que ganárselo con Rusty Trawler.

Se sentó en el catre, con la cara y los pechos desnudos fríamente azulados a la luz de la lámpara solar.

—Necesitarás unos cuatro segundos para ir de aquí a la puerta. Te concedo dos.

Subí directamente a mi piso, cogí la pajarera, la bajé y la dejé delante de su puerta. Esta parte del asunto quedaba resuelta. O eso imaginé yo hasta la mañana siguiente, cuando, camino del trabajo, encontré la jaula metida en un cubo, esperando la llegada de los basureros. No sin vergüenza, la rescaté y volví a subirla a mi casa, pero esta capitulación no debilitó mi resolución de apartar totalmente a Holly de mi vida. Decidí que era una «vulgar exhibicionista», una «pérdida de tiempo», una «farsante»: alguien con quien jamás volvería a hablar.

Y no lo hice. Durante bastante tiempo. Bajábamos la vista cuando nos cruzábamos por la escalera. Si ella entraba en el bar de Joe Bell, yo me iba. Hubo una ocasión en la que Sapphia Spanella, la soprano y aficionada al patinaje que vivía en el primer piso, hizo circular entre los demás inquilinos de la casa una demanda de deshaucio contra Miss Golightly, que, decía Madame Spanella, era una persona «moralmente censurable» que «perpetra reuniones nocturnas que ponen en peligro la seguridad y la salud mental de sus vecinos». Aunque me negué a firmarla, admití interiormente que las quejas de Madame Spanella eran justificadas. Pero su demanda fracasó, y, cuando abril se aproximaba a mayo, las cálidas noches primaverales de ventanas abiertas se cargaron del espantoso estruendo de los ruidos de las fiestas, el tocadiscos a todo volumen y las risas de martini que salían del apartamento 2.

No era una novedad, sino todo lo contrario, que hubiese tipos sospechosos entre los invitados de Holly; pero un día de finales de esa primavera, al entrar en la casa, me fijé en un hombre *muy* provocativo que estaba examinando el buzón de Holly. Un tipo de cincuenta y pocos años, facciones duras y curtidas, y ojos grises tristes. Llevaba un viejo sombrero gris con manchas de sudor, y su barato traje de verano, azul pálido, le caía muy holgado sobre su largirucho esqueleto; sus zapatos marrones eran nuevos. No parecía tener intención de llamar al timbre de Holly. Se limitaba a pasar, lentamente, como si leyera Braille, un dedo por el relieve de las letras de su nombre.

Por la noche, cuando me iba a cenar, volví a verle. Estaba en la acera de enfrente,

apoyado en un árbol y mirando las ventanas de Holly. Por mi cabeza circularon toda clase de siniestras especulaciones. ¿Podía tratarse de un detective? ¿Algún enviado de los bajos fondos, relacionado con Sally Tomato, su amigo de Sing Sing? La situación reavivó mis más tiernos sentimientos por Holly; era justo que interrumpiese nuestro enfado el tiempo suficiente como para advertirle que estaban vigilándola. Mientras me encaminaba a la esquina y dirigía mis pasos hacia el Hamburg Heaven de la esquina de Madison con la Setenta y nueve, noté que la atención de aquel hombre se centraba en mí. Al poco rato, sin volver la cabeza, noté que me seguía. Porque le oí silbar. Y no era una cancioncilla corriente, sino la quejumbrosa canción de las praderas que Holly tocaba a veces con su guitarra: *No quiero dormir, no quiero morir, sólo quiero seguir viajando por los prados del cielo*. Seguí oyendo el silbido por Park Avenue y Madison arriba. Una vez, mientras esperaba a que el semáforo cambiase, vi por el rabillo del ojo que se agachaba para acariciar a un sucio pomeranio.

—Magnífico animal —le dijo al dueño, con una voz rural, afónica.

El Hamburg Heaven estaba vacío. Sin embargo, tomó asiento en el mostrador, justo a mi lado. Olía a tabaco y sudor. Pidió un café, pero cuando se lo sirvieron ni lo tocó. En lugar de tomárselo, estuvo mordisqueando un palillo y estudiándome en el espejo que teníamos delante de nosotros.

—Disculpe —le dije, hablándole por el espejo—, ¿se puede saber qué quiere?

La pregunta no le azoró; pareció aliviado de que se la hubiese hecho.

—Muchacho, necesito un amigo —dijo.

Sacó una cartera. Estaba tan gastada como sus curtidas manos, casi rota; y en el mismo estado se encontraba la instantánea agrietada, borrosa y frágil que me tendió. Había siete personas en la foto, amontonadas bajo el hundido porche de una espantosa casa de madera, y, aparte de él, que le pasaba el brazo por la cintura a una chica gorda y rubia que se hacía sombra con la mano sobre los ojos, todos eran niños.

—Ese soy yo —dijo, señalándose—. Esa es ella… —dio un golpecito sobre la chica rolliza—. Y ese de ahí —añadió, indicando a un chico alto como un chopo y con pelo de estopa— es su hermano Fred.

Volví a mirarla a «ella»: y, en efecto, ahora pude encontrar cierto parecido embriónico con Holly en la chica de gordas mejillas que bizqueaba bajo el sol. Justo en ese momento comprendí quién debía de ser aquel hombre.

—Usted es el *padre* de Holly.

El hombre parpadeó, frunció el ceño.

—No se llama Holly. Antes se llamaba Lulamae Barnes. Antes —dijo, cambiando de sitio el palillo que tenía aún en la boca— de casarse conmigo. Soy su marido. Doctor Golightly. Soy médico de caballos, veterinario. También trabajo un poco la tierra. Cerca de Tulip, en Texas. ¿De qué se ríe, muchacho?

No era una verdadera risa: simple nerviosismo. Tomé un poco de agua, me

atraganté; él me golpeó la espalda.

—Esto no es cosa de risa, muchacho. Soy un hombre cansado. Hace cinco años que busco a mi mujer. En cuanto recibí la carta de Fred en la que me decía dónde estaba, compré un billete de la Greyhound. Lulamae debería estar en casa, con su marido y sus hijos.

—¿Hijos?

—Son ésos —dijo, casi gritando.

Se refería a los otros cuatro rostros jóvenes de la foto, dos niñas descalzas y un par de chicos con mono. Bueno, era obvio: aquel hombre era un demente.

—Es imposible que Holly sea la madre de esos chicos. Son mayores que ella. Más altos.

—No he dicho, muchacho —dijo él, explicándomelo con calma—, que los haya parido ella. La maravillosa madre de estos niños, aquella maravillosa mujer, que Dios la tenga en su gloria, falleció el cuatro de julio, Día de la Independencia, de 1936. El año de la sequía. Cuando me casé con Lulamae ya era 1938, diciembre, ella estaba a punto de cumplir los catorce. Es posible que una persona corriente, con sólo catorce años, no supiera lo que se hacía. Pero Lulamae es otra cosa, una mujer excepcional. Sabía muy bien lo que estaba haciendo cuando me prometió ser mi esposa y la madre de mis hijos. Y nos rompió el corazón a todos cuando se fue de aquella manera —sorbió un poco de café ya enfriado, y me miró con interrogadora vehemencia—. Y ahora, muchacho, ¿dudas de lo que te digo? ¿Crees que lo que te digo es cierto?

Le creí. Era demasiado implausible para no ser cierto; es más, encajaba con la descripción que había hecho O. J. Berman de la Holly que conoció en California. «No sabías si era una palurda, o si venía de Oklahoma o qué». No se le podían echar las culpas a Berman por no haber adivinado que era una niña casada, de Tulip, estado de Texas.

—Nos rompió el corazón a todos cuando se fue de aquella manera —repitió el médico de caballos—. No tenía por qué. El trabajo de la casa lo hacían las niñas. Lulamae podía darse la buena vida: revolotear ante los espejos y lavarse el pelo. Teníamos vacas, teníamos huerto, gallinas, cerdos: muchacho, esa chica se puso gorda de verdad. Y, mientras, su hermano crecía y crecía hasta convertirse en un gigante. Todo un mundo de diferencia en comparación a como estaban cuando se quedaron a vivir con nosotros. Fue Nellie, mi hija mayor, fue Nellie la que los trajo a casa. Vino una mañana y me dijo: «Papá, tengo a un par de pilletes encerrados en la cocina. Les he sorprendido afuera, robando leche y huevos de pava». Eran Lulamae y Fred. Bueno, pues en su vida habrá visto dos críos que dieran tanta pena como ellos. Les asomaban las costillas por todos lados, y tenían las piernas tan canijas que no les sostenían en pie, y los dientes se les movían tanto que no les servían ni para masticar un puré. Contaron que su madre había muerto de tuberculosis, lo mismo que su papá;

y que todos los hijos, un buen montón, fueron enviados a vivir con diversas personas a cuál más mezquina. Pues bien, Lulamae y su hermano habían estado en casa de algún mezquino don nadie, a ciento cincuenta kilómetros al este de Tulip. Lulamae tuvo buenos motivos para escaparse de aquella casa. Y ninguno para irse de la mía. Era su hogar —apoyó los codos en el mostrador y, apretándose los ojos cerrados con los dedos, suspiró—. Engordó tanto que acabó convirtiéndose en una mujer verdaderamente guapa. Y muy animada. Locuaz como un arrendajo. Siempre tenía algún comentario ingenioso sobre el tema que fuese: mejor que la radio. Y antes de que me diera cuenta ya me había puesto a recoger flores. Domestiqué un cuervo para regalárselo, y le enseñé a decir Lulamae. Y le di a ella lecciones de guitarra. De sólo mirarla se me saltaban las lágrimas a los ojos. La noche de mi declaración lloré como un crío. «¿Por qué lloras, Doc? —me dijo ella—. Pues claro que podemos casarnos. Será mi primera boda». Me hizo reír, la verdad, y la abracé y la besé: *¡Será mi primera boda!* —rió un poco, y durante un momento volvió a morder el palillo—. ¡No me diga que no era una mujer feliz! —dijo, en tono desafiante—. Todos la mimábamos. No tenía que levantar un dedo, como no fuera para comerse algún pedazo de pastel. Como no fuera para peinarse y mandar a alguien por todas las revistas. Debieron de entrar revistas por valor de cien dólares en esa casa. Si quiere saber mi opinión, eso fue lo que tuvo la culpa. Tanto mirar fotos de gente ostentosa. Tanto leer sueños. Eso fue lo que la empujó a dar los primeros pasos por el camino. Cada día andaba un poco más: un kilómetro, y volvía a casa. Dos kilómetros, y volvía a casa. Un día, simplemente, siguió adelante —volvió a posar las manos sobre sus ojos; su respiración producía un ruido ronco—. El cuervo que le di se volvió loco y huyó. Seguimos oyéndole todo el verano. En la era. En el huerto. En los bosques. El maldito pájaro se pasó todo el verano gritando: Lulamae, Lulamae.

Se quedó encorvado y silencioso, como si estuviera escuchando la canción de aquel antiguo verano. Llevé la cuenta de los dos a la caja. Mientras yo pagaba, se me acercó. Salimos juntos y nos fuimos andando hacia Park Avenue. Era una noche fría, ventosa; la brisa agitaba sonoramente los fláccidos toldos. Seguimos andando en silencio hasta que yo le dije:

—¿Y su hermano? ¿No se fue?

—No —dijo, carraspeando—. Fred se quedó con nosotros hasta que se lo llevó el ejército. Buen chico. Bueno para los caballos. Tampoco él entendió qué le había pasado a Lulamae, cómo había podido abandonar a su hermano y su marido y sus niños. Pero en cuanto estuvo en el ejército, Fred comenzó a tener noticias de ella. El otro día me mandó una carta con sus señas. Por eso vine a buscarla. Sé que lamenta haber hecho lo que hizo. Sé que quiere volver a casa.

Parecía estar pidiéndome que me mostrara de acuerdo con él. Yo le dije que en mi opinión iba a encontrar bastante cambiada a Holly, o Lulamae.

—Escúchame, muchacho —dijo, cuando llegamos a la escalera del portal—, ya te he dicho que necesito un amigo. Porque no quiero darle una sorpresa. Nada de sustos. Por eso he estado esperando. Pórtate como un amigo: dile que he venido.

La idea de hacer las presentaciones entre Miss Golightly y su marido tenía aspectos satisfactorios; y, alzando la vista hacia sus iluminadas ventanas, confié en que estuvieran con ella sus amigos, pues la perspectiva de ver el momento en que el tejano les estrechara la mano a Mag y Rusty y José, me resultaba más satisfactoria incluso. Pero la grave y orgullosa mirada de Doc Golightly, su sombrero sudado, hicieron que me avergonzase de mis expectativas. Entró detrás de mí en el edificio, y se dispuso a esperar al pie de la escalera.

—¿Tengo buen aspecto? —susurró, desempolvándose las mangas, ajustándose el nudo de la corbata.

Holly estaba sola. Abrió enseguida; en realidad estaba a punto de salir: las zapatillas de satén blanco y las grandes dosis de perfume anunciaban la inminencia de una fiesta lujosa.

—Lo siento, idiota —me dijo, y, jugando, descargó el bolso contra mí—. Tengo demasiada prisa para hacer las paces ahora. ¿Te parece que dejemos para mañana lo de fumar la pipa?

—Claro, Lulamae. Suponiendo que mañana estés todavía por aquí.

Se sacó las gafas oscuras y me miró bizqueando. Era como si sus ojos fuesen prismas fragmentados, y las notas azules y grises y verdes no fueran más que pedazos rotos de su antiguo centelleo.

—Tiene que ser *él* quien te lo ha dicho —me dijo con una vocecilla temblorosa—. Dímelo, por favor. *¿Dónde está?* —dejándome atrás, se precipitó escaleras abajo—. ¡Fred! —gritó por el hueco—. ¡Fred! ¿Dónde estás, mi Fred?

Oí los pasos de Doc Golightly, que empezaba a subir los peldaños. Su cabeza se asomó por la barandilla, y Holly retrocedió, no tan asustada como para refugiarse en una concha de desengaño. Hasta que él llegó a su altura, avergonzado y tímido.

—Caray, Lulamae —comenzó a decir, pero tuvo un momento de vacilación porque Holly le miraba con desconcierto, como si no consiguiera identificarle del todo—. Vaya, cariño —añadió por fin—, ¿no te dan de comer por estos pagos? Qué flaquísima estás. Como el día en que te conocí. Con ojos de loca.

Holly le tocó la cara; palpó con sus dedos la realidad de su mentón, de su barba de dos días.

—Hola, Doc —dijo Holly con amabilidad, y le besó en la mejilla—. Hola, Doc —repitió alegremente mientras él la levantaba del suelo con un abrazo capaz de estrujarle las costillas.

—Caray, Lulamae —dijo él, estremecido por una risa de alivio—. La venida del Reino.

Ninguno de los dos se fijó en mí cuando me colé por detrás de ellos para subir a mi habitación. Tampoco parecieron darse cuenta de la presencia de Madame Sapphia Spanella, que abrió su puerta y chilló:

—¡Callarse! Qué vergüenza. Lárgate a hacer de puta a otra parte.

—¿*Divorciarme* de él? No me he divorciado. Pero, por Dios, si yo tenía sólo catorce años. No pudo ser legal —Holly dio unos golpecitos en su vacía copa de martini—. Otros dos, Mr. Bell.

Joe Bell, en cuyo bar estábamos sentados, aceptó el pedido de mala gana.

—Es muy temprano para agarrar una curda —se quejó, masticando una pastilla digestiva.

Según el negro reloj de caoba que había al otro lado de la barra, aún no era mediodía, y ya nos había servido tres rondas.

—Pero si es domingo, Mr. Bell. Los relojes van más lentos los domingos. Además, todavía no me he acostado —le dijo, y, más confidencialmente, me confesó —. Al menos para dormir —se sonrojó, y desvió la mirada con aire culpable. Por vez primera desde que la conocía, parecía sentir necesidad de justificarse—. Mira, tenía que hacerlo. Doc me quiere de verdad, sabes. Y yo le quiero a él. Es posible que *a ti* te haya parecido viejo y repulsivo. Pero no sabes lo dulce que es, la confianza que puede inspirarles a los pájaros y a los mocosos y a otras cosas frágiles. Cuando alguien te da su confianza, siempre te quedas en deuda con él. Siempre me he acordado de Doc en mis oraciones. ¡Y deja de burlarte, por favor! —me pidió, aplastando una colilla—. Suelo rezar mis oraciones.

—No me burlo. Sólo sonrío. Eres la persona más desconcertante del mundo.

—Supongo que sí —dijo, y su rostro, al que la luz de la mañana daba un aspecto macilento, castigado, se iluminó; se alisó el despeinado cabello, y sus variados colores brillaron como en un anuncio de champú—. Seguro que tengo un aspecto terrible. Pero lo mismo le hubiese ocurrido a cualquiera. Nos hemos pasado el resto de la noche caminando de un lado para otro en una estación de autobuses. Hasta el último minuto, Doc estaba convencido de que me iría con él. A pesar de que yo le estaba repitiendo todo el rato: Pero Doc, ya no tengo catorce años, y no soy Lulamae. Pero lo más terrible, y lo comprendí mientras estábamos esperando allí, es que lo soy. Todavía ando robando huevos de pava y corriendo entre zarzales. Con la diferencia

de que ahora lo llamo tener la malea.

Joe Bell dejó desdeñosamente los nuevos martinis delante de nosotros.

—No se enamore nunca de ninguna criatura salvaje, Mr. Bell —le aconsejó Holly—. Esa fue la equivocación de Doc. Siempre se llevaba a su casa seres salvajes. Halcones con el ala rota. Otra vez trajo un lince rojo con una pata fracturada. Pero no hay que entregarles el corazón a los seres salvajes: cuanto más se lo entregas, más fuertes se hacen. Hasta que se sienten lo suficientemente fuertes como para huir al bosque. O subirse volando a un árbol. Y luego a otro árbol más alto. Y luego al cielo. Así terminará usted, Mr. Bell, si se entrega a alguna criatura salvaje. Terminará con la mirada fija en el cielo.

—Está borracha —me informó Joe Bell.

—Un poco —confesó Holly—. Pero Doc me entiende. Se lo he explicado con todo detalle, y eran cosas que podía entender. Nos hemos dado la mano, nos hemos abrazado, y me ha deseado buena suerte —echó una mirada al reloj—. A esta hora ya debe de estar en los Montes Azules.

—¿De qué habla? —me preguntó Joe Bell.

Holly alzó su martini:

—Deseémosle suerte a Doc —dijo, haciendo chocar su copa contra la mía—. Buena suerte, y créeme, queridísimo Doc, es mejor quedarse mirando al cielo que vivir allí arriba. Es un sitio tremendamente vacío. No es más que el país por donde corre el trueno y todo desaparece.

QUINTA BODA DE TRAWLER. Vi el titular cuando iba en metro por Brooklyn. El periódico que lo desplegaba en bandera era de otro pasajero. El único fragmento del texto que yo alcanzaba a leer decía: *Rutherfurd «Rusty» Trawler, el playboy millonario que ha sido acusado frecuentemente de simpatizar con los nazis, se fugó ayer a Greenwich para casarse con una guapa…* No sentía deseos de leer nada más. Así que Holly se había casado con él, vaya, vaya. Sentí deseos de que me arrollara un tren. Pero ya había deseado eso mismo antes de haber avistado el titular. Por un puñado de razones. No había vuelto a ver a Holly, a hablar con ella, desde nuestro ebrio domingo en el bar de Joe Bell. Las semanas transcurridas desde entonces me habían provocado mi propia malea. En primer lugar, me habían despedido de mi empleo: merecidamente, y por un divertido ejemplo de mala conducta, tan complicado que no puedo referirlo aquí. Además, el centro de reclutamiento que me correspondía estaba demostrando un fastidioso interés por mi persona; y, tras haberme librado tan recientemente de la estricta normatividad de una ciudad pequeña, la idea de someterme a otra forma de vida disciplinada me desesperaba. Entre la incertidumbre respecto a mi presunta movilización, y mi carencia de experiencias laborales concretas, no parecía haber modo de encontrar otro trabajo. Eso era lo que estaba haciendo en aquel metro de Brooklyn: regresar de una decepcionante entrevista con el director de un periódico ya fallecido, el *PM*. Todo esto, combinado con el agobiante calor de la ciudad en verano, me había dejado reducido a un estado de inercia nerviosa. De modo que cuando deseaba que me arrollase un tren lo hacía bastante en serio. El titular hizo que ese deseo se reafirmara. Si Holly era capaz de casarse con aquel «absurdo feto», me daba igual que me atropellase todo el ejército de injusticias que andaba rampante por el mundo. A no ser, y la pregunta era evidente, que mi escandalizado enfurecimiento fuese en parte consecuencia de que también yo estaba enamorado de Holly. En parte. Porque *sí* lo estaba. De la misma manera que años atrás me había enamorado de la vieja cocinera negra de mi madre, y de un cartero que me permitía acompañarle en su ronda, y de toda una familia, los

McKendrick. También esa clase de amor genera celos.

Cuando llegué a mi parada compré el periódico; y, al leer el final de aquella frase, descubrí que la novia de Rusty era *una guapa modelo de las colinas de Arkansas, Miss Margaret Thatcher Fitzhue Wildwood*. ¡Mag! Tenía las piernas tan flojas de alivio que tuve que tomar un taxi para que me llevase el trecho que quedaba hasta mi casa.

Madame Sapphia Spanella me recibió en el portal, con mirada demente y retorciéndose las manos.

—Corra —dijo—. Vaya por la policía. ¡Esa chica está matando a alguien! ¡Alguien está matándola a ella!

Sonaba verídico. Como si varios tigres anduvieran sueltos por el apartamento de Holly. Un jaleo de cristales rotos, rasgaduras y caídas y muebles volcados. Pero la ausencia de gritos en medio de todo aquel ruido le daban al estruendo un aspecto antinatural.

—¡Corra! —chilló Madame Spanella, empujándome— ¡Dígale a la policía que ha habido un asesinato!

Corrí; pero hacia arriba, en dirección a la puerta de Holly. Aporreándola, logré un resultado: el estruendo amenguó su intensidad. Paró del todo. Pero nadie respondió a mis súplicas pidiendo que me dejara entrar, y mis esfuerzos por derribar la puerta sólo culminaron en un buen cardenal en mi hombro.

Luego oí a Madame Spanella que, abajo, le ordenaba a otro recién llegado que fuera por la policía.

—Cállese —le dijeron—. Y apártese de mi camino.

Era José Ybarra-Jaegar, cuyo aspecto no era en absoluto el del elegante diplomático brasileño, sino el de una persona sudorosa y asustada. A mí también me ordenó que le dejara el paso libre. Y, con su propia llave, abrió la puerta.

—Por aquí, doctor Goldman —dijo, cediendo el paso al hombre que le acompañaba.

Como nadie me lo impidió, les seguí al interior del apartamento, que estaba terriblemente destrozado. Por fin había sido desmantelado, literalmente, el árbol navideño: sus secas ramas pardas estaban esparcidas por entre una confusión de libros con las páginas arrancadas, lámparas rotas, y discos de gramófono. Hasta la nevera había sido vaciada, y su contenido desperdigado por toda la habitación: por las paredes resbalaban huevos crudos, y, en medio de los escombros, el gato sin nombre de Holly lameteaba tranquilamente un charco de leche.

En el dormitorio sentí deseos de vomitar tan pronto como percibí el olor de los rotos frascos de perfume. Pisé las gafas oscuras de Holly; estaban en el suelo, con los cristales ya rotos y la montura partida por la mitad.

Quizá era ésta la razón por la cual Holly, aquella figura rígida de la cama, miraba

tan cegatamente a José, y no parecía haber visto al médico que, mientras le tomaba el pulso, canturreaba:

—Jovencita, está usted muy cansada. Mucho. Ahora querrá dormir, ¿verdad que sí? Ande, duérmase.

Holly se frotó la frente, y se dejó una mancha de sangre porque se había cortado un dedo.

—Dormir —dijo, y sollozó como un crío exhausto, inquieto—. Sólo él me dejaba dormir. Y abrazarle las noches frías. Vi una finca en México. Con caballos. Junto al mar.

José desvió la mirada, la visión de la aguja hipodérmica le mareaba.

—¿Su enfermedad sólo es pesar? —preguntó, y su defectuoso conocimiento del idioma dio un matiz de involuntaria ironía a la pregunta— ¿Sólo es pena?

—¿Verdad que no le ha dolido? ¿Verdad que no? —preguntó el médico, frotando el brazo de Holly con un poco de algodón.

Holly despertó lo suficiente como para enfocar la imagen del médico.

—*Todo* duele. ¿Dónde están mis gafas?

Pero no las necesitaba. Estaban cerrándosele los ojos por su propia cuenta.

—¿Sólo es pena? —insistió José.

—Por favor —el médico le trató secamente—, déjeme solo con la paciente.

José se retiró a la otra habitación, en donde dio rienda suelta a su enfado contra la presencia fisgona de Madame Spanella, que había entrado de puntillas.

—¡No me toque, o llamaré a la policía! —gritó la mujer amenazadoramente mientras él la expulsaba hacia la puerta con maldiciones en portugués.

También consideró la posibilidad de expulsarme a mí; o eso deduje de su expresión. Pero me invitó a una copa. La única botella entera que logramos encontrar era de vermut seco.

—Tengo una preocupación —dijo—. Tengo la preocupación de que esto cause escándalo. Que lo haya roto todo. Que haya hecho locuras. No debo tener escándalos públicos. Es muy delicado: mi nombre, mi trabajo.

Pareció reanimarse cuando supo que yo no veía motivo alguno de «escándalo»; destruir las propias pertenencias era, presumiblemente, un asunto particular de cada uno.

—Es sólo cuestión de pesar —declaró firmemente—. Cuando vino la tristeza, primero tira la copa que bebe. La botella. Los libros. Una lámpara. Entonces me asusto. Corro por un médico.

—Pero ¿por qué? —quise saber— ¿Por qué ha tenido que darle este ataque por Rusty? En su lugar, yo lo hubiera celebrado.

—¿Rusty?

Yo llevaba todavía el periódico. Le enseñé el titular.

—Ah, eso —soltó una sonrisa desdeñosa—. Rusty y Mag nos han hecho un gran favor. Nos hace reír mucho: que ellos crean romper nuestros corazones cuando lo que nosotros *queremos* es que se vayan. Se lo aseguro, cuando llegó la pena estábamos riendo —sus ojos recorrieron el estropicio esparcido por el suelo; recogió un papel amarillo arrugado—. Esto —dijo.

Era un telegrama de Tulip, estado de Texas: *Recibida noticia joven Fred muerto en combate ultramar stop tu marido e hijos compartimos dolor mutua pérdida stop sigue carta te quiero Doc*.

Holly no habló nunca más de su hermano, con una sola excepción. Es más, dejó de llamarme Fred. Durante junio, julio y los demás meses cálidos estuvo hibernando como un animal que no se hubiese enterado de que la primavera había llegado y hasta terminado. Se le oscureció el cabello, engordó. Comenzó a vestir desaliñadamente: bajaba a la charcutería con el impermeable puesto directamente encima de la piel. José se mudó a su apartamento, y su nombre reemplazó al de Mag Wildwood en la tarjeta del buzón. De todos modos, Holly se pasaba sola muchas horas, porque José se quedaba en Washington tres días a la semana. Durante sus ausencias Holly no recibía visitas y apenas salía del apartamento como no fuera los jueves, para su viaje semanal a Ossining[6].

Lo cual no quiere decir que la vida hubiese dejado de interesarle; todo lo contrario, parecía más contenta, muchísimo más alegre que desde que yo la conocía. Aquel entusiasmo hogareño tan intenso e impropio de ella que de repente la embargó produjo como resultado una serie de compras también impropias de ella: en una subasta celebrada en Parke-Bernet adquirió un tapiz que representaba a un ciervo acorralado, y, de entre las antiguas propiedades de William Randolph Hearst, una sombría pareja de incómodos sillones góticos; se compró la Modern Library entera, numerosos discos con los que llenó varios anaqueles, innumerables reproducciones del Metropolitan Museum (entre ellas, una escultura china que representaba un gato, y que su propio gato detestaba y trataba de acobardar con bufidos, para finalmente destruirla), una batidora, una olla a presión, y toda una biblioteca de libros de cocina. Hizo de ama de casa durante tardes enteras que dedicó a ordenar de forma en absoluto sistemática la sauna que era su cocina:

—Dice José que cocino mejor que el Colony. La verdad, ¿cómo hubiese nadie podido adivinar que yo poseía ese talento natural? Hace un mes ni siquiera era capaz de hacer unos huevos revueltos.

Y, si vamos a eso, seguía siendo incapaz de hacerlos. Los platos más sencillos, un bisté, una ensalada como Dios manda, estaban fuera de su alcance. En lugar de eso

solía servirle a José, y también a mí algunas veces, sopas *outré* (tortuga negra al brandy servida en cortezas de aguacate), fantasías neronianas (faisán asado, relleno de granada y placaminero), y otras equívocas innovaciones (pollo y arroz al azafrán servidos con salsa de chocolate: «Es un clásico caribeño, cariño»). El racionamiento bélico del azúcar y la crema de leche suponían un estorbo para su imaginación a la hora de preparar postres; no obstante, una vez consiguió hacer una cosa llamada tapioca de tabaco; mejor será no describirlo.

Ni describir tampoco sus intentos de aprender portugués, una ordalía tan tediosa para ella como para mí, ya que siempre que iba a verla tenía girando en el gramófono uno de los discos de la Linguaphone. En esa época, además, no empleaba casi ninguna frase que no empezara por «Cuando ya estemos casados…», o bien «Cuando vivamos en Río…». Y eso a pesar de que José no había hablado nunca de matrimonio. Cosa que ella reconocía.

—Pero, al fin y al cabo, él sabe que estoy embarazada. Sí, guapo, lo estoy. Seis semanas. No entiendo por qué tiene que sorprenderte una cosa *así*. A mí no me ha sorprendido. Ni *un peu*. Estoy encantada. Quiero tener nueve, como mínimo. Estoy segura de que habrá unos cuantos que saldrán bastante morenos, José tiene algo de *le nègre*, ya lo habrás adivinado, ¿no? Pero a mí me está bien: ¿puede haber algo más bonito que un recién nacido mulato y con unos preciosos ojos verdes? Me hubiera gustado, por favor, no te rías, me hubiera gustado haber sido virgen cuando él me conoció, haber sido virgen para él. No es que me haya liado con auténticas multitudes, como dicen algunos: y no culpo a esos bastardos por *decirlo*, siempre he vivido en plan loco. Aunque, la verdad, la otra noche eché cuentas y sólo he tenido once amantes, sin contar lo que pudiera haber ocurrido antes de cumplir los trece años porque, al fin y al cabo, eso *no* cuenta. Once. ¿Basta eso para convertirme en una puta? Fíjate en Mag Wildwood. O en Honey Tucker. O en Rose Ellen Ward. Han tenido gonorrea tantas veces que ya han perdido la cuenta. Desde luego, no tengo nada *contra* las putas. Menos una sola cosa: las hay que no tienen mala lengua, pero no hay ninguna que tenga buen corazón. Quiero decir que no puedes follarte a un tío y cobrar sus cheques sin al menos *intentar* convencerte a ti misma de que le quieres. Yo lo he intentado siempre. Incluso con Benny Shacklett y toda esa pandilla de roedores. Logré hipnotizarme a mí misma hasta convencerme de que aun siendo absolutamente ratoniles, no carecían de cierto encanto. En realidad, aparte de Doc, suponiendo que quieras contar a Doc, José es mi primer amor no ratonil. Oh, no vayas a creer que es mi tipo ideal. Dice mentirijillas y siempre anda preocupado por lo que pueda *pensar* la gente, y se baña unas cincuenta veces al día: los hombres deberían oler, un poco. Es demasiado mojigato, demasiado prudente para ser mi hombre ideal; siempre se vuelve de espaldas para desnudarse, y hace demasiado ruido al comer y no me gusta verle correr porque corre de una forma un tanto ridícula. Si

tuviese la libertad de elegir una persona de entre todas las que hay en el mundo, chasquear los dedos y decir eh, tú, ven para acá, no elegiría a José. Nehru se aproxima bastante más a lo que yo pido. O Wendell Wilkie[7]. Me conformaría también con la Garbo. ¿Por qué no? Tendríamos que poder casamos con hombres o mujeres o… Mira, si me dijeras que pensabas liarte con un buque de guerra, yo respetaría tus sentimientos. No, hablo en serio. Habría que permitir toda clase de amor. Soy absolutamente partidaria de eso. Sobre todo ahora que ya me he hecho una idea bastante aproximada de lo que es. Porque sí, *quiero* a José; dejaría de fumar si me lo pidiese. Se porta como un amigo, es capaz de provocarme la risa hasta incluso cuando tengo la malea, aunque ahora ya no me viene casi nunca, sólo a veces, e incluso esas veces no es tan espantosa como para que me dé por tragarme frascos de Seconal o por ir a Tiffany's: llevo un traje a la tintorería, o preparo unas setas rellenas, y ya me siento bien, en forma. Otra cosa, he tirado todos los horóscopos. Debo de haberme gastado un dólar por cada una de las malditas estrellas que hay en el maldito planetario. Es un fastidio, pero la solución consiste en saber que sólo nos ocurren cosas buenas si somos buenos. ¿Buenos? Mas bien quería decir honestos. No me refiero a la honestidad en cuanto a las leyes (podría robar una tumba, hasta le arrancaría los ojos a un muerto si creyese que así me alegraría un día), sino a ser honesto con uno mismo. Me da igual ser cualquier cosa, menos cobarde, falsa, tramposa en cuestión de sentimientos, o puta: prefiero tener el cáncer que un corazón deshonesto. Y esto no significa que sea una beata. Soy simplemente una persona práctica. De cáncer se muere *a veces*; de lo otro, siempre. Oh, a la mierda con este asunto. Anda, pásame la guitarra, voy a cantarte un *fado* en un portugués *perfecto*.

Aquellas últimas semanas, las del final del verano y el comienzo de otro otoño, aparecen borrosas en mi memoria, quizá debido a que nuestra comprensión mutua llegó a esos maravillosos extremos en los que llegas a comunicarte más a menudo por medio del silencio que con palabras: cierta afectuosa calma reemplaza las tensiones; el parloteo nervioso y la persecución mutua que suelen producir los momentos más espectaculares, más superficialmente aparentes de una amistad. Con frecuencia, cuando *él* no estaba en Nueva York (acabé sintiendo hostilidad contra *él*, y raras veces pronunciaba su nombre), nos pasábamos juntos veladas enteras durante las cuales apenas si decíamos entre los dos más de cien palabras; en una ocasión bajamos hasta Chinatown, tomamos una cena a base de chow-mein, compramos farolillos de papel y robamos una caja de incienso, y luego cruzamos lentamente el Puente de Brooklyn, y desde el puente, mientras veíamos a los buques que salían hacia alta mar deslizarse por entre acantilados de incendiados rascacielos, ella me dijo:

—Dentro de unos cuantos años, de muchísimos años, uno de esos barcos me traerá de regreso con mis mocosos brasileños. Porque, sí, tienen que ver esto, estas luces, el río… Adoro Nueva York, aunque esta ciudad no sea tan mía como pueden

llegar a serlo algunas cosas, un árbol o una calle o una casa, algo, en fin, que sea mío porque yo le pertenezco.

Y yo le dije: «Cierra el pico», porque me sentía enfurecedoramente excluido, apenas un remolcador en el muelle seco mientras ella, deslumbrante viajera de seguro destino, salía del puerto entre estruendosas sirenas y flotante confeti.

De modo que los días, esos últimos, revolotean en mi memoria neblinosa, otoñales, tan iguales los unos a los otros como hojas: hasta que llegó un día completamente distinto de todos los que he vivido.

Fue por azar el treinta de septiembre, el día de mi cumpleaños, hecho que no tuvo efecto alguno en los acontecimientos, aparte de que, como yo estaba esperando la visita de alguna forma de recordatorio pecuniario por parte de mi familia, me encontraba aguardando con impaciencia la llegada del cartero de las mañanas. De hecho, bajé a esperarle en la calle. Si no me hubiese encontrado haraganeando por allí, Holly no me habría pedido que fuese con ella a montar a caballo; y, en consecuencia, no le hubiese dado aquella oportunidad de salvarme la vida.

—Anda —me dijo cuando me encontró esperando al cartero—. Ven conmigo al parque, alquilaremos un par de caballos —se había puesto un chaquetón, tejanos y zapatillas de tenis; se dio una palmada en el estómago, para subrayar lo plano que lo tenía—. No creas que voy a perder al heredero. Pero es que hay una yegua, mi queridísima Mabel Minerva… No puedo irme sin haberme despedido de Mabel Minerva.

—¿Despedido?

—El sábado de la semana próxima. José ya ha comprado los billetes —completamente en trance, dejé que me arrastrara hasta la acera—. Haremos transbordo de avión en Miami. Luego sobrevolaremos el mar. Y los Andes. ¡Taxi!

Sobrevolar los Andes. Mientras el taxi nos llevaba hacia Central Park tuve la sensación de estar también yo volando, flotando desoladamente sobre picos nevados, territorios peligrosos.

—Pero no deberías irte. Al fin y al cabo, para qué. Y bien, para qué. Mira, no puedes largarte y abandonar a todo el mundo.

—No creo que nadie me eche de menos. No tengo amigos.

—Yo sí. Te echaré de menos. Y también Joe Bell. Y, oh, habrá millones de personas que te echen de menos. Por ejemplo, Sally. El pobre Mr. Tomato.

—Cómo me gustaba el viejo Sally —dijo, y suspiró—. ¿Sabes que hace todo un mes que no voy a verle? Cuando le dije que iba a irme se portó como un ángel. *De hecho* —dijo, frunciendo el ceño—, pareció *encantado* de que me fuera al extranjero. Dijo que mejor que mejor. Porque tarde o temprano habría líos. En cuanto descubriesen que yo no era su sobrina. Ese abogado gordo, O’Shaughnessy, me mandó quinientos dólares. Por si acaso. Es el regalo de bodas de Sally.

Sentí deseos de mostrarme antipático:

—También tendrás un regalo mío. Cuando se celebre la boda, suponiendo que os caséis.

Ella se rió.

—Pues claro que se casará conmigo. Por la Iglesia. Y con toda su familia presente. Por eso esperamos a llegar a Río para la boda.

—¿Sabe él que ya estás casada?

—¿Se puede saber qué te pasa? ¿Quieres echarme el día a perder? Es un día precioso, no lo estropees.

—Pero sería perfectamente posible…

—*No* lo es. Ya te lo he dicho. Aquello no fue legal. Es imposible que lo fuera —se frotó la nariz, y me miró de soslayo—. Como se lo cuentes a alguien te colgaré de los pies, te aliñaré y te asaré como un cerdo.

Las cuadras —creo que ahora hay allí unos estudios de televisión— estaban en la calle Sesenta y seis oeste. Holly eligió para mí una vieja yegua blanca y negra de balanceante espinazo.

—No te preocupes, es más segura que la cuna de un bebé.

Lo cual, en mi caso, era una garantía imprescindible, pues mi experiencia ecuestre no pasaba de los paseos de diez centavos en pony durante las fiestas de mi infancia. Holly me ayudó a encaramarme sobre la silla, montó luego en su propio caballo, un animal plateado que se adelantó al mío en cuanto sorteamos el tráfico de Central Park West y entramos en el camino especial para jinetes, moteado por las hojas que la brisa hacía bailar en el aire.

—¿Lo ves? —gritó ella— ¡Es fantástico!

Y de repente lo fue. De repente, mientras miraba el centelleo del multicolor cabello de Holly a la luz amarillo rojiza que filtraban las hojas, la amé tanto como para olvidarme de mí mismo, de mis autocompasivas desesperaciones, y contentarme pensando que iba a ocurrir una cosa que a ella la hacía feliz. Los caballos adoptaron un trote suave, comenzaron a salpicamos, a fustigamos el rostro olas de viento, fuimos sucesivamente zambulléndonos en charcos de sol y de sombra, y cierto júbilo, cierta alegría de vivir intensísima se puso a brincar en mi interior como si me hubiese tomado una copita de nitrógeno. Esto duró un minuto; el siguiente dio paso a la farsa, macabramente disfrazada.

Porque de súbito, como si se tratara de una emboscada de salvajes en la selva, una pandilla de muchachos negros surgió de entre los matorrales y se plantó en mitad del camino. Los chicos, soltando abucheos, maldiciones, se pusieron a tirarles piedras a los caballos y a fustigar con palos sus grupas.

El mío, la yegua blanca y negra, se levantó sobre sus patas traseras, gimoteó, se balanceó como un funámbulo en la cuerda, y luego salió disparado como un rayo por

el camino, dando tumbos que hicieron que se me salieran los pies de los estribos, y dejándome así muy mal sujeto a él. Sus cascos arrancaban chispas de la gravilla. Se inclinó el cielo. Los árboles, un estanque con veleros de juguete, las estatuas, iban pasando como una exhalación. Las niñeras corrían a rescatar a los críos para salvarles de nuestra terrible carrera; los hombres, los vagabundos, y otras personas me gritaban: «¡Tire de las riendas!» y «¡So, caballo, so!» y «¡Salte!». Sólo más tarde llegué a recordar esas voces; en aquel momento sólo tenía conciencia de Holly, de su veloz galopar de cowboy en pos de mí, sin jamás llegar a alcanzarme, repitiéndome gritos de ánimo a cada momento. Sin parar: cruzamos el parque y salimos a la Quinta Avenida: desbocada, la yegua se metió en medio del tránsito de mediodía, por entre taxis y autobuses que giraban brusca, chirriantemente, para esquivarme. Pasé delante de la mansión Duke, el museo Frick, el Pierre y el Plaza. Pero Holly fue ganando terreno; es más, un policía a caballo también andaba persiguiéndome: flanqueando, uno a cada lado, a mi desbocada yegua, sus caballos llevaron a cabo un movimiento de pinza que la obligó, envuelta en vapor, a detenerse. Fue entonces cuando, por fin, me caí de la silla. Me caí, me levanté y me quedé allí plantado, sin saber muy bien en dónde estaba. Se formó un gran corro. El policía resopló y tomó unos datos; luego se mostró más amable, sonrió, y dijo que ya se encargaría él de que nuestros caballos fuesen devueltos a su cuadra.

Holly paró un taxi.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien.

—Pero si no tienes pulso —dijo, palpándome la muñeca.

—Entonces, será que me he muerto.

—No seas idiota. Esto es grave. Mírame.

El problema era que no podía verla; veía, más bien, varias Hollys, un trío de rostros sudorosos y tan empalidecidos de preocupación que me sentí a la vez conmovido y azorado.

—De verdad. No me pasa nada. Sólo que me da vergüenza.

—¿Estás seguro? Por favor, dime la verdad. Podrías haberte matado.

—Pero no ha sido así. Y gracias. Por salvarme la vida. Eres maravillosa. Única. Te amo.

—Maldito imbécil.

Me besó en la mejilla. Luego vi cuatro Hollys, y caí desmayado.

Aquella tarde salieron fotos de Holly en la primera plana de la última edición del *Journal-American* y en las primeras ediciones del *Daily News* y del *Daily Mirror*. Tanta publicidad carecía por completo de relación con caballos desbocados. Tenía que ver con un asunto muy diferente, tal como revelaban los titulares: PLAYGIRL DETENIDA EN UN ESCÁNDALO POR NARCOTRÁFICO *(Journal-American)*, ACTRIZ DETENIDA POR CONTRABANDO DE DROGAS *(Daily News)*, DESARTICULADA UNA RED DE TRAFICANTES. LA POLICÍA INTERROGA A UNA JOVEN DEL GRAN MUNDO *(Daily Mirror)*. El *News* era el que publicaba la foto más impresionante: Holly, entre dos musculosos policías, un hombre y una mujer, en el momento de entrar en la comisaría. En aquel ambiente tan vil, incluso su forma de vestir (seguía llevando la ropa de montar a caballo, el chaquetón y los tejanos) hacía pensar que se trataba de la fulana de algún gángster: y las gafas oscuras, el pelo revuelto, y el pitillo de marca Picayune que colgaba de sus malhumorados labios no contribuían precisamente a borrar aquella impresión. El pie de foto decía: *Holly Goligbtly, de veinte años, guapa starlet y conocida personalidad del mundillo elegante, ha sido acusada por el fiscal del distrito de ser una de las figuras clave de una banda dedicada al contrabando internacional de drogas cuyo jefe parece ser el gángster Salvatore «Sally» Tomato. Los inspectores Patrick Connor (izq.) y Sheilah Fezzonetti (der.) aparecen en la imagen conduciéndola a la comisaría de la calle Sesenta y siete. Más información en la pág. 3*. La información, acompañada por la foto de un hombre identificado como Oliver «Father» O'Shaughnessy (que ocultaba el rostro bajo un sombrero flexible), ocupaba tres columnas. Parcialmente condensados, éstos son los párrafos pertinentes: *Los miembros de la sociedad elegante se quedaron hoy pasmados ante la detención de la deslumbrante Holly Golightly, una starlet de Hollywood que cuenta veinte años de edad y que es una de las más conocidas figuras del gran mundo neoyorquino. A la misma hora, las dos de la tarde, la policía sorprendió a Oliver O'Shaughnessy, de cincuenta y dos años, alojado en el Hotel Seabord de la calle Cuarenta y nueve oeste,*

cuando salía del Hamburg Heaven de Madison Avenue. Según el fiscal del distrito, Frank L. Donovan, ambos son figuras destacadas de una red internacional de traficantes cuyo jefe es Salvatore «Sally» Tomato, el famoso führer de la mafia, que actualmente cumple en Sing Sing una condena de cinco años por un delito de soborno político… O'Shaughnessy, un sacerdote que colgó la sotana y que en los círculos de la delincuencia es conocido por los motes de «Father» y «El Padre», tiene un historial de detenciones que se remonta a 1934, fecha en la que cumplió dos años de cárcel en su condición de director de un falso manicomio, El Monasterio, instalado en Rhode Island. Miss Golightly, que no tiene antecedentes penales, fue detenida en su magnífico apartamento, situado en un barrio de lujo del East Side… Aunque la oficina del fiscal del distrito no ha emitido aún ningún comunicado oficial, fuentes bien informadas aseguran que la bella actriz rubia, hasta hace poco compañera permanente del multimillonario Ruthetfurd Trawler, había sido el «enlace» entre Tomato y su principal lugarteniente, O'Shaughnessy… Fingiendo ser pariente de Tomato, Miss Golightly visitaba semanalmente, según esas fuentes, la cárcel de Sing Sing, desde donde Tomato le facilitaba mensajes en clave que ella transmitía luego a O'Shaughnessy. Gracias a este correo, Tomato, de quien se dice que nació en Cefalú, Sicilia, en 1874, pudo controlar personalmente una mafia mundial dedicada al contrabando de narcóticos, con agentes esparcidos por México, Cuba, Sicilia, Tánger, Teherán y Dakar. Pero la oficina del fiscal del distrito se ha negado no sólo a ampliar detalles sobre estas acusaciones sino también a confirmarlas… Avisados con antelación, un gran número de periodistas se encontraban en la comisaría de la calle Sesenta y siete este cuando los dos acusados han llegado allí para prestar declaración. O'Shaughnessy, un fornido pelirrojo, se ha negado a hablar con la prensa y le ha propinado una patada en los riñones a uno de los fotógrafos. En cambio, Miss Golightly, frágil y despampanante, aunque vestida como un muchacho, con vaqueros y chaquetón de cuero, no parecía en absoluto preocupada. «A mí no me pregunten de qué diablos va todo esto» les dijo a los periodistas. «Parce-que je ne sais pas, mes chers» *(Porque yo no lo sé, amigos), añadió. «Es cierto, he visitado a Sally Tomato. Iba a verle cada semana. ¿Acaso tiene eso algo de malo? Sally cree en Dios, y yo también».*

Más adelante, bajo un ladillo que decía ADMITE SER DROGADICTA: *Miss Golightly sondó cuando uno de los periodistas le preguntó si ella tomaba drogas. «He probado alguna vez la marihuana. No es ni la mitad de perjudicial que el brandy. Y sale más barata. Por desgracia, yo prefiero el brandy. No, Mr. Tomato no me ha hablado nunca de drogas. Me enfurece que ande persiguiéndole todo ese atajo de desdichados. Es una persona sensible, religiosa. Un anciano encantador».*

Hay un error especialmente grave en esta información: no la detuvieron en su «magnífico apartamento». Fue en mi cuarto de baño. Yo estaba tratando de aliviar

mis dolores de jinete en una bañera llena de agua hirviendo con sales de Epsom; Holly, como una buena enfermera, permanecía sentada en el borde de la bañera, dispuesta a frotarme con linimento Sloan y meterme en la cama. Llamaron a la puerta. Como no estaba cerrada, Holly gritó «Pase». Y entró Madame Sapphia Spanella, seguida por un par de inspectores vestidos de paisano, uno de los cuales era una mujer que llevaba un par de gruesas trenzas rubias sujetas en lo alto de la cabeza.

—*Ahí* está. ¡Ella es la de la orden de busca y captura! —dijo con voz atronadora Madame Spanella, invadiendo el baño y alzando un dedo acusador primero contra Holly y luego contra mi propia desnudez—. Ya lo ven. La muy puta.

El policía pareció azorarse, por culpa de Madame Spanella y de la situación; pero un austero goce puso en tensión el rostro de su colega, que dejó caer la mano sobre el hombro de Holly y, con una voz sorprendentemente aniñada, dijo:

—Ven, chica. Tú y yo nos vamos de paseo.

A lo cual Holly le contestó, con la mayor frialdad:

—Ya puedes sacarme de encima esas manos de palurda, bollera repugnante, marimacho ridículo.

Esto contribuyó a que la mujer se enfureciese todavía más: le dio a Holly una tremenda bofetada. Tan tremenda que le hizo volver la cara hacia el otro lado, y la botella de linimento, que salió despedida, se hizo añicos contra el suelo, que fue donde yo, que había salido corriendo de la bañera dispuesto a echar mi cuarto a espadas en la reyerta, la pisé, y a punto estuve de rebanarme los dos pulgares. Desnudo, y dejando un rastro de huellas ensangrentadas, seguí el desarrollo de los acontecimientos hasta el mismo portal de la calle.

—Y no te olvides —se las arregló Holly para pedirme mientras los inspectores la empujaban escaleras abajo— de darle de comer al gato, por favor.

Creí, naturalmente, que Madame Spanella tenía toda la culpa: no era la primera vez que reclamaba la presencia de las autoridades para quejarse de Holly. No se me ocurrió que el asunto pudiera tener dimensiones mucho más calamitosas hasta que, por la tarde, apareció Joe Bell blandiendo los periódicos. Estaba demasiado nervioso para hablar con sensatez; mientras yo leía las informaciones, estuvo armando jaleo en mi habitación, golpeándose un puño contra el otro.

Hasta que por fin dijo:

—¿Crees que es verdad? ¿Es posible que estuviera mezclada en un asunto tan repugnante?

—Pues sí.

Se metió una pastilla digestiva en la boca y, lanzándome una mirada llameante, se puso a masticarla como si estuviera triturando mis huesos.

—¿No te da vergüenza? Y decías que eras amigo suyo. ¡Hijo de puta!

—Eh, espera un momento. No he dicho que estuviera mezclada en eso *a sabiendas*. Ella no lo sabía. Pero es cierto que lo hacía. Transmitía mensajes y qué se yo qué más…

—Así que te lo tomas con toda la calma del mundo, ¿eh? —dijo él—. Joder, pero si podrían caerle diez años. O más —me arrancó los periódicos de las manos—. Tú conoces a sus amigos. Los ricachones ésos. Baja conmigo al bar. Empezaremos a telefonear. Nuestra amiga necesitará uno de esos abogados tramposos de postín, y no creo que a mí me alcance para pagarle.

Me encontraba tan dolorido y tembloroso que no hubiera sido capaz de vestirme solo; tuvo que ayudarme Joe Bell. Una vez en su bar, me empujó hasta el teléfono, provisto de un martini triple y una copa de brandy repleta de monedas. Pero no se me ocurría a quién recurrir. José estaba en Washington, y yo no tenía ni la más remota idea de dónde localizarle allí. ¿Y Rusty Trawler? ¡Ni pensarlo, era un cabrón! Pero ¿qué otros amigos de Holly conocía? Quizá ella había tenido razón al decir que no tenía ninguno, ningún amigo de verdad.

Puse una conferencia con Crestview 5-6958, de Beverly Hills, el número en el que me había dicho que podría localizar a O. J. Berman. La persona que contestó dijo que a Mr. Berman le estaban dando un masaje y que no se le podía molestar, que lo sentía y que probara más tarde. Joe Bell se puso hecho una furia, me dijo que tendría que haber dicho que era un asunto de vida o muerte; y se empeñó en que llamara a Rusty. Hablé primero con el mayordomo de Mr. Trawler: Mr. y Mrs. Trawler, me comunicó, estaban cenando, ¿quería que les transmitiera algún recado? Joe Bell gritó en el auricular:

—Esto es urgente, jefe. De vida o muerte.

El resultado fue que me encontré hablando con, o, mejor dicho, escuchando a, la chica que de soltera se había llamado Mag Wildwood:

—¿Estás chiflado? —me preguntó— Mi marido y yo demandaremos, y te lo digo en serio, a cualquiera que trate de relacionar nuestros nombres con esa as-asquerosa, con esa de-degenerada. Siempre supe que era una dro-drogota con menos sentido ético que una perra en celo. Debería estar en la cárcel. Y mi esposo está completamente de acuerdo conmigo. Demandaremos, te lo aseguro, a cualquiera que…

Mientras colgaba, me acordé de Doc, allá en Tulip, estado de Texas. Pero no, a Holly no le gustaría que le llamase, me mataría.

Volví a marcar el número de California; las líneas estaban ocupadas, siguieron estándolo, y para cuando O. J. Berman se puso al teléfono, me había tomado tantos martinis que tuvo que preguntarme por qué le llamaba:

—Es por lo de la niña, ¿no? Ya me he enterado. Ya he hablado con Iggy Fitelstein. Iggy es el mejor picapleitos de Nueva York. Le he dicho que cuide de ella, que me mande la minuta, pero que no mencione mi nombre, entiendes. Bueno, estoy un poco en deuda con la niña. Aunque, si vamos a eso, tampoco es que le deba nada. Está loca. Es una farsante. Pero una farsante *auténtica*, ¿lo recuerdas? En fin, sólo pedían diez mil de fianza. No te preocupes, Iggy la sacará esta noche. No me extrañaría que ya estuviese en casa.

Pero no lo estaba; tampoco había regresado a la mañana siguiente, cuando bajé a darle de comer al gato. Como no tenía la llave de su apartamento, bajé por la escalera de incendios y me colé por una ventana. El gato estaba en el dormitorio, y no se encontraba solo: había también un hombre agachado junto a una maleta. Pensando los dos que el otro era un ladrón, cruzamos sendas miradas inquietas en el momento en que yo entraba por la ventana. Era un joven de rostro agradado y pelo engominado que se parecía a José; es más, la maleta que estaba preparando contenía la ropa que José solía tener en casa de Holly, todos aquellos zapatos y trajes que solían provocar las protestas de ella, pues siempre tenía que estar enviándolos a arreglar y limpiar. Convencido de que así era, le pregunté:

—¿Le ha enviado Mr. Ybarra-Jaegar?

—Soy el primo —dijo, con una sonrisa cautelosa y un acento meramente comprensible.

—¿Dónde está José?

El repitió la pregunta, como si la estuviera traduciendo a otro idioma.

—¡Ah! ¡*Dónde* está ella! Ella espera —dijo y, como si con esto me hubiera despedido, reanudó sus actividades de ayuda de cámara.

De modo que el diplomático tenía intención de esfumarse. Bueno, no me sorprendía; ni tampoco lo lamenté en lo más mínimo. Pero qué decepción.

—Merecería que le azotaran con una fusta.

El primo soltó una sonrisilla boba, estoy seguro de que me entendió. A continuación cerró la maleta y se sacó una carta del bolsillo:

—Mi primo, ella me pide que deje esto para su amiga. ¿Hará usted el favor?

En el sobre había garabateado: *Para Miss H. Golightly*.

Me senté en la cama de Holly, abracé su gato contra mí, y sentí por ella tanta, tantísima pena como la que ella podía estar sintiendo por sí misma.

—Sí, le haré el favor.

Y se lo hice: sin el menor deseo de hacérselo. Pero no tuve valor para romper la carta; ni la fuerza de voluntad suficiente como para guardármela en el bolsillo cuando Holly preguntó, en tono muy poco seguro, si, por casualidad, me había llegado alguna noticia de José. Esto ocurrió al cabo de dos días, por la mañana; yo estaba sentado junto a su cama en una habitación que olía a yodo y bacinillas, una habitación de hospital. Se encontraba allí desde la noche de su detención.

—Pues, chico —me saludó cuando me acerqué de puntillas, con un cartón de Picayune y un ramito de violetas frescas de otoño—, me quedé sin mi heredero.

Con su pelo vainilla peinado hacia atrás y sus ojos, desprovistos por una vez de las gafas oscuras, transparentes como agua de lluvia, parecía que no tuviese ni doce años: no daba la sensación de que hubiese estado tan grave.

Pero era cierto:

—Señor, por poco la palmo. En serio, esa gorda casi me mata. Menudo escándalo que armó. Me parece que no llegué a hablarte de la gorda. Al fin y al cabo, ni yo misma la conocí hasta después de que muriese mi hermano. Estaba justo pensando dónde estaría Fred, qué significaba eso de que hubiese muerto; y entonces la vi, estaba conmigo en la habitación, y tenía a Fred en sus brazos, acunándole, la muy puta, la malea en persona meciéndose con Fred en su regazo, y riendo como toda una banda de música. ¡Cómo se burlaba de mí! Pero eso es lo que nos aguarda a todos, amigo mío: esa comediante que espera para darnos la bronca. ¿Entiendes ahora por qué enloquecí y me puse a romperlo todo?

Aparte del abogado que contrató O. J. Berman, yo era la única visita autorizada. Holly compartía su habitación con otros pacientes, un trío de mujeres que parecían trillizas y me examinaban con un interés que, sin ser enemistoso, era absolutamente concentrado; estaban siempre susurrando entre ellas en italiano.

—Creen que eres mi pervertidor. El tipo que me llevó por el mal camino —me explicó Holly. Y cuando le sugerí que las sacara de su error, replicó—. Imposible. No saben inglés. De todos modos, no me gustaría echarles a perder su diversión.

Fue entonces cuando me preguntó por José.

En cuanto vio la carta se puso a bizquear, se le arquearon los labios en una sonrisilla de entereza que la avejentó inconmensurablemente.

—¿Te importaría —me dijo— abrir ese cajón y darme mi bolso? Para leer esta clase de cartas hay que llevar los labios pintados.

Guiándose con el espejito de la polvera, se empolvó y se pintó hasta borrar todo vestigio de su rostro de niña de doce años. Usó un lápiz para los labios, y otro para colorearse las mejillas. Se marcó los bordes de los ojos, sombreó de azul sus párpados, se roció el cuello con 4711; se adornó las orejas con perlas y se puso las gafas oscuras; provista de esta armadura, y tras un insatisfactorio repaso al descuidado aspecto de su manicura, rasgó el sobre y leyó la carta de un tirón. Su pétrea sonrisilla fue empequeñeciéndose y endureciéndose por momentos. Al final me pidió un Picayune.

—Qué fuerte. Pero está divino —me dijo, después de dar una calada; y, entregándome la carta, añadió—. Quizá te sirva, si alguna vez escribes alguna historia de amores repugnantes. No seas avaricioso: léela en voz alta. Quiero oírla.

Empezaba así:

«Queridísima pequeña…»

Holly me interrumpió inmediatamente. Quería saber qué opinión me merecía su letra. No me merecía ninguna; una letra apretada, muy legible, en absoluto excéntrica.

—Es clavada a él. Abotonada hasta el cuello y restreñida —declaró Holly—. Sigue.

> *«Queridísima pequeña:*
>
> *Te he amado a sabiendas de que no eres como las demás. Pero piensa en la desesperación que habré sentido al descubrir de forma tan brutal y pública lo diferente que eras de la clase de mujer que un hombre de mi religión y mi carrera necesita como esposa. Lamento sincera y profundamente la desdicha de las circunstancias en las que ahora te encuentras, y mi corazón no es capaz de añadir mi propia condena a la condena que te rodea. Tengo que proteger mi familia, y mi nombre, y cada vez que están en juego esas instituciones me convierto en un cobarde. Olvídame, bella chiquilla. Ya no vivo aquí. Me he vuelto a casa. Pero que Dios siga siempre contigo y con tu hijo. Que Dios no se porte tan mal como José.»*

—¿Y bien?

—En cierto modo parece una carta muy honesta. Y hasta conmovedora.

—*¿Conmovedora?* ¡Toda esa sarta de mentiras acojonadas!

—Pero al menos reconoce que es cobarde; y, desde su punto de vista, tendrías que comprender…

Holly no quiso admitir que comprendía nada; su rostro, no obstante, a pesar de su disfraz cosmético, lo confesaba.

—De acuerdo, tiene motivos para ser una rata. Una rata tamaño gigante, a lo King Kong, igual que Rusty. O que Benny Schacklett. Pero, qué caray, maldita sea —dijo, llevándose todo el puño a la boca como un crío con una rabieta—, yo le quería. Quería a esa *rata*.

El trío de italianas imaginó que aquello era una crisis amorosa y, atribuyendo las quejas de Holly al motivo que según ellas la causaba, me sacaron la lengua. Me sentí adulado: orgulloso de que alguien creyese que yo le importaba tanto a Holly. Cuando le ofrecí otro pitillo se tranquilizó un poco. Tragó el humo y me dijo:

—Bendito seas, chico. Y bendito seas por ser tan mal jinete. Si no hubiese tenido que hacer de Calamity Jane, ahora estaría esperando que me trajesen la comida en alguna residencia para madres solteras. Gracias al exceso de ejercicio, eso se acabó. Pero he acojonado a todo el departamento de policía porque les dije que fue por culpa de la bofetada que me pegó Miss Bollera. Sí, señor, puedo demandarles por varios cargos, entre ellos el de detención indebida.

Hasta ese momento habíamos evitado toda mención de sus más siniestras tribulaciones, y esta alusión en tono humorístico me pareció descorazonadora, patética, en la medida en que revelaba de forma definitiva su incapacidad para hacerse cargo de la negra realidad que la aguardaba.

—Mira, Holly —dije, pensando: sé fuerte, maduro, como un tío suyo—. Mira, Holly. No podemos hacer como si esto fuera un chiste. Hemos de idear algún plan.

—Eres demasiado joven para adoptar esos aires de seriedad. Demasiado bajito. Y, por cierto, y ¿a ti qué te importa lo que me pase a mí?

—Podría no importarme. Pero eres amiga mía, y estoy preocupado. Quiero averiguar qué piensas hacer.

Ella se frotó la nariz, y concentró la mirada en el techo.

—Hoy es miércoles, ¿no? Pues supongo que dormiré hasta el sábado, pienso concederme un buen *schluffen*. El sábado por la mañana pasaré un momento por el banco. Luego iré a casa, recogeré un par de camisones y mi Mainbocher[8]. Tras lo cual, pasaré por Idlewild. Como sabes, me espera allí una magnífica reserva para un magnífico avión. Y, siendo como eres un buen amigo, tú vendrás a despedirme. Deja de decir que no con la cabeza, *por favor*.

—Holly, Holly. No deberías hacer nada de eso.

—*Et pourquoi pas?* No voy a ir corriendo en pos de José, si es eso lo que temes. De acuerdo con mi censo, José es un simple ciudadano del limbo. Pero ¿por qué desperdiciar un billete tan magnífico, y que ya está pagado? Además, no he estado

nunca en Brasil.

—¿Se puede saber qué clase de píldoras han estado suministrándote aquí? ¿No comprendes que estás pendiente de una grave acusación? Si te pillan saltándote las normas de la fianza a la torera, te encerrarán y luego tirarán la llave. Y aunque no te pillen, jamás podrás regresar a tu país.

—Bien, y qué, aguafiestas. De todas maneras, tu país es aquél en donde te sientes a gusto. Y aún estoy buscándolo.

—No, Holly, es una estupidez. Eres inocente. Tienes que aguantar hasta que esto acabe.

Me dijo «Ra, ra, ra», y me sopló el humo a la cara. No obstante, había conseguido impresionarla; sus ojos estaban dilatados por visiones de desdicha, al igual que los míos: celdas de hierro, pasillos de acero en los que iban cerrándose sucesivas puertas.

—No te jode —dijo, y aplastó el pitillo con rabia—. Tengo bastantes probabilidades de que no me pillen. Sobre todo si tú mantienes la *bouche fermée*. Mira, guapo, no me subvalores —apoyó su mano en la mía y me la apretó con repentina e inmensa sinceridad—. No tengo mucho en donde elegir. Lo he hablado con el abogado; bueno, a él no le dije nada de lo de Río, sería capaz de avisar él mismo a la bofia antes que perder sus honorarios, y toda la pasta que O. J. Berman tuvo que poner para la fianza. Bendito sea O. J.; pero una vez, en la costa del Pacífico, le ayudé con más de diez mil en una mano de póquer: estamos empatados. No, en realidad el problema es éste: lo único que la bofia quiere de mí es que les sirva gratis un par de presas, y que les preste mis servicios como testigo de la acusación contra Sally. Nadie piensa juzgarme a mí, no tienen ni la más mínima posibilidad de condenarme. Mira, guapito, quizá esté podrida hasta el fondo mismo de mi corazón, *pero* no estoy dispuesta a dar testimonio contra un amigo. No pienso hacerlo, aunque logren demostrar que Sally dopó a una monja. Trato a las personas como ellas me tratan a mí, y el viejo Sally, de acuerdo, no fue del todo sincero conmigo, digamos que se aprovechó un poco de mí, pero de todos modos sigue siendo un buen tipo, y prefiero que esa policía gorda me secuestre antes que ayudar a que esos leguleyos fastidien a Sally —alzando el espejo de la polvera frente a su rostro, y arreglándose el carmín con un pañuelo arrugado, prosiguió—. Y, para serte sincera, eso no es todo. Hay cierto tipo de focos que son muy perjudiciales para la tez de una chica. Aunque el jurado me otorgara el título del Corazón Más Generoso del Año, en este barrio no tendría futuro: me cerrarían igualmente las puertas de todos los sitios, desde La Rue hasta el Perona's Bar and Grill. Créeme, me recibirían tan bien como a la peste. Y si tuvieras que vivir del tipo de talento que tengo yo, cariño, comprenderías muy bien a qué clase de bancarrota estoy refiriéndome. En absoluto, no me hace ninguna gracia una escena final en la que yo apareciese bailando un agarrado en el Roseland[9] con algún patán del West Side, mientras la elegante señora de Trawler pasea su

tartamudeo por Tiffany's. No lo soportaría. Prefiero enfrentarme a la gorda.

Una enfermera, que se coló sigilosamente en la habitación, me dijo que la hora de visita se había terminado. Holly comenzó a quejarse, pero no pudo seguir porque le metieron un termómetro en la boca. Pero, cuando yo me despedí, se lo quitó para decirme:

—Hazme un favor, anda. Llama al *New York Times* o a donde haya que llamar, y consígueme una lista de los cincuenta hombres más ricos del Brasil: da igual la raza o el color. Otro favor: busca en mi apartamento esa medalla que me diste, y no pares hasta encontrarla. La de San Cristóbal. La necesitaré para el viaje.

La noche del viernes el cielo estaba rojo, tronaba, y el sábado, fecha de la partida, la ciudad entera zozobraba bajo una verdadera tempestad marina. No hubiera sido de extrañar que apareciesen tiburones nadando por el cielo, pero parecía improbable que ningún avión consiguiera atravesarlo.

Pero Holly, haciendo caso omiso de mi animado convencimiento de que el vuelo no despegaría, siguió haciendo sus preparativos, aunque debo añadir que la mayor parte de esa carga la hizo recaer sobre mis hombros. Porque había decidido que no sería prudente de su parte acercarse siquiera al edificio de piedra arenisca. Y tenía toda la razón: estaba vigilado, no se sabía si por policías, reporteros u otros posibles interesados: había, simplemente, algún hombre, a veces varios, rondando siempre por allí. De modo que Holly se fue directamente del hospital a un banco, y luego al bar de Joe Bell.

—Cree que no la han seguido —me dijo Joe Bell cuando llegó con el recado de que Holly quería que me reuniese allí con ella lo antes posible, al cabo de media hora como máximo, cargado con—: Las joyas. La guitarra. Cepillo de dientes y todo eso. Y una botella de un brandy de hace cien años, dice que la encontrarás escondida en el fondo del cesto de la ropa sucia. Sí, ah, y el gato. Quiere el gato. Aunque, diablos —dijo—, no estoy muy seguro de que esté bien que la ayudemos. Habría que protegerla de sí misma. A mí me vienen ganas de decírselo a la poli. Podría volver al bar y darle unas cuantas copas, a lo mejor la emborracho lo suficiente como para que se quede.

A trompicones, subiendo y bajando a toda velocidad la escalera de incendios entre su apartamento y el mío, azotado por el viento y calado hasta los huesos (y también arañado hasta esos mismos huesos, porque al gato no le gustó la idea de la evacuación, sobre todo con un tiempo tan inclemente) me las arreglé para reunir con notable eficacia las pertenencias que Holly quería llevarse. Incluso encontré la medalla de San Cristóbal. Lo amontoné todo en el suelo de mi habitación hasta construir una conmovedora pirámide de sujetadores y zapatillas y fruslerías, que luego metí en la única maleta que Holly poseía. Introduje los montones de cosas que

no cupieron allí en bolsas de papel de las de la tienda de comestibles. No se me ocurría cómo llevar el gato, hasta que decidí hundirlo en una funda de almohada.

No importa ahora el porqué, pero en una ocasión me recorrí a pie todo el camino que va desde Nueva Orleans hasta Nancy's Landing (Mississippi), casi ochocientos kilómetros. Pues bien, aquello fue una nadería en comparación con el viaje hasta el bar de Joe Bell. La guitarra se llenó de lluvia, la lluvia ablandó las bolsas de papel, las bolsas se rompieron y se derramó el perfume por la acera y las perlas cayeron rodando en las alcantarillas, y todo eso mientras el viento me empujaba y el gato lanzaba arañazos y maullidos; pero lo peor de todo era que tenía muchísimo miedo: yo era tan cobarde como José; me parecía que aquellas calles batidas por la tempestad se encontraban infestadas de presencias invisibles que de un momento a otro me atraparían, me encarcelarían por estar ayudando a una delincuente.

—Llegas tarde, chico —dijo la delincuente—. ¿Has traído el brandy?

Y el gato, una vez en libertad, saltó y se instaló sobre su hombro, desde donde comenzó a balancear la cola como si se tratase de una batuta dirigiendo alguna rapsodia. También Holly parecía habitada por cierta melodía, airoso chumpachumpachum de *bon voyage*. Abrió la botella de brandy y me dijo:

—Tenía que haber formado parte de mi ajuar de novia. Mi idea era pegarle un trago en cada aniversario. Gracias a Dios, jamás llegué a comprarme el baúl donde meterlo todo. Mr. Bell, tres copas.

—Sólo harán falta dos —le dijo él—. No pienso beber por el éxito de esta locura.

Cuanto más trataba ella de camelarle («Ay, Mr. Bell. No todos los días desaparece la dama[10]. ¿Seguro que no quiere brindar por ella?»), de peor humor iba poniéndose él:

—No pienso participar en nada de esto. Si piensa irse al infierno, tendrá que hacerlo sin mi ayuda.

Una afirmación, por cierto, inexacta: pues al cabo de unos segundos de haberla pronunciado frenó delante del bar una limusina con chófer, y Holly, la primera que se fijó, dejó su copa en la barra y enarcó las cejas como si creyese que iba a apearse el fiscal del distrito en persona. Lo mismo me ocurrió a mí. Y cuando vi que Joe Bell se azoraba no tuve más remedio que pensar, Santo Dios, de modo que *sí* ha llamado a la policía. Hasta que, con las orejas al rojo, anunció:

—No os preocupéis. Sólo es uno de esos Cadillac de la Carey. Lo he alquilado yo. Para que la lleve al aeropuerto.

Nos dio la espalda y se puso a manipular uno de sus ramos.

—Tenga la amabilidad, querido Mr. Bell —le dijo Holly—. Vuélvase a mirarme.

El se negó a hacerlo. Sacó las flores del jarrón y se las tiró a Holly; pero falló el blanco, y se esparcieron por el suelo.

—Adiós —dijo Joe Bell; y, como si estuviera a punto de vomitar, se escabulló en

dirección al retrete de caballeros.

Oímos correr el cerrojo.

El chófer de la Carey era un espécimen con mucho mundo que aceptó nuestro chapucero equipaje de la forma más cortés, y que mantuvo su expresión pétrea cuando, mientras la limusina se deslizaba hacia la parte alta de la ciudad bajo una lluvia no tan torrencial como antes, Holly se desnudó de la ropa de montar a caballo que aún no había tenido oportunidad de cambiarse, y logró ponerse con no pocas contorsiones un ajustado vestido negro. No dijimos nada: hablar nos habría conducido a discutir; y, por otro lado, Holly parecía demasiado preocupada como para sostener una conversación. Tarareó para sí, dio algunos tragos de brandy, estuvo acercándose una y otra vez a la ventanilla para mirar afuera, como si buscara unas señas; o, según acabé deduciendo, para llevarse una última impresión de unos escenarios que quería recordar. Pero no lo hacía por ninguna de esas dos cosas. Sino por esta otra:

—Pare aquí —le ordenó al chófer, y nos detuvimos junto a la acera de una calle del Harlem latino.

Un barrio salvaje, chillón, triste, adornado con las guirnaldas de grandes retratos de estrellas de cine y vírgenes. El viento barría los desperdicios, pieles de fruta y periódicos putrefactos, porque aún silbaba el viento, aunque la lluvia había amainado y se abrían estallidos de azul en el cielo.

Holly bajó del coche, llevándose consigo al gato. Acunándolo, le rascó la cabeza y preguntó:

—¿Qué te parece? Creo que éste es un lugar adecuado para alguien tan duro como tú. Cubos de basura. Ratas a porrillo. Montones de gatos con los que formar pandillas. Así que sal zumbando —dijo, y le dejó caer al suelo; y como él se negó a alejarse, y prefirió permanecer allí, con su cabeza de criminal vuelta hacia ella e interrogándola con sus amarillentos ojos de pirata, Holly dio una patada en el suelo —. ¡Te he dicho que te largues!

El gato se frotó contra su pierna.

—¡Te digo que te largues por ahí a tomar por…! —gritó Holly, y entró en el coche de un salto, cerró de un portazo y dijo—. Vámonos. Vámonos.

Me quedé pasmado.

—La verdad es que lo eres. Eres una mala puta.

Recorrimos toda una manzana antes de que contestase.

—Ya te lo había contado. Nos encontramos un día junto al río, y ya está. Los dos somos independientes. Nunca nos habíamos prometido nada. Nunca… —dijo, y se le quebró la voz, le dio un tic, y una blancura de inválida hizo presa de su rostro.

El coche había parado porque el semáforo estaba en rojo. Abrió de golpe la puerta y se puso a correr calle abajo. Yo corrí tras ella.

Pero el gato no estaba en la esquina donde le habían dejado. No había nadie, absolutamente nadie en toda la calle, aparte de un borracho que estaba meando y un par de monjas negras que apacentaban un rebaño de niños que cantaban dulcemente. Salieron más niños de algunos portales, y algunas mujeres se asomaron a sus ventanas para ver las carreras de Holly, que corría de un lado para otro gritando:

—Eh, gato. Oye, tú. ¿Dónde te has metido? Ven, gato.

Siguió así hasta que un chico con muchos granos en la cara se adelantó hacia ella con un viejo gato agarrado de los pelos del cuello:

—¿Quiere un gato bonito, señora? Se lo doy por un dólar.

La limusina nos había seguido. Por fin Holly me dejó que la llevara hacia el coche. Junto a la puerta todavía dudó; miró por encima de mi hombro, por encima del chico que seguía ofreciéndole su gato («Medio dólar. ¿Lo quiere por veinticinco centavos? Veinticinco centavos no es tanto»), hasta que se estremeció y tuvo que agarrarse a mi brazo para no caer.

—Joder. Eramos el uno del otro. Era mío.

Le dije que yo volvería a buscarlo.

—Y cuidaré de él. Te lo prometo.

Ella sonrió: aquella nueva sonrisa, apenas una muequecilla desprovista de alegría.

—Pero, ¿y yo? —dijo, susurró, y volvió a estremecerse—. Tengo mucho miedo, chico. Sí, por fin. Porque eso podría seguir así eternamente. Eso de no saber que una cosa es tuya hasta que la tiras. La malea no es nada. La mujer gorda tampoco. Eso otro, eso sí, tengo la boca tan reseca que sería incapaz de escupir aunque me fuera en ello la vida —subió al coche, se hundió en el asiento—. Disculpe, chófer. Vámonos.

DESAPARECE LA CHICA DE TOMATO. Y SE TEME QUE LA ACTRIZ COMPLICADA EN EL CASO DE LOS TRAFICANTES HAYA SIDO VÍCTIMA DE LA MAFIA. Sin embargo, pasado algún tiempo la prensa informó: APARECE EN RÍO LA PISTA DE LA ACTRIZ DESAPARECIDA. Las autoridades norteamericanas no hicieron, al parecer, ningún esfuerzo por recobrarla, y el caso fue perdiendo importancia hasta quedar reducido a alguna que otra mención en las columnas de cotilleo; como gran noticia, sólo resucitó una vez: por Navidad, pues Sally Tomato murió de un ataque cardíaco en Sing Sing. Transcurrieron los meses, todo un invierno, sin que me llegara ni una sola palabra de Holly. El propietario del edificio de piedra arenisca vendió las pertenencias que ella había abandonado: la cama de satén blanco, el tapiz, sus preciosos sillones góticos; un nuevo arrendatario alquiló el apartamento, se llamaba Quaintance Smith y reunía en sus fiestas un número de caballeros ruidosos tan elevado como Holly en sus mejores tiempos, pero en este caso Madame Spanella no puso objeciones, es más, idolatraba al jovencito, y le proporcionaba un *filet mignon* cada vez que aparecía con un ojo a la funerala. Pero en primavera llegó una postal: *«Brasil resultó bestial, pero Buenos Aires es aún mejor. No es Tiffany's, pero casi. Tengo pegado a la cadera a un "Señor" divino. ¿Amor? Creo que sí. En fin, busco algún lugar adonde irme a vivir (el Señor tiene esposa, y siete mocosos) y te daré la dirección en cuanto la sepa.* Mille tendresses». Pero la dirección, suponiendo que llegase a haberla, jamás me fue remitida, lo cual me entristeció, tenía muchísimas cosas que decirle: *vendí* dos cuentos, leí que los Trawler habían presentado sendas demandas de divorcio, estaba a punto de mudarme a otro lugar porque la casa de piedra arenisca estaba embrujada. Pero, sobre todo, quería hablarle de su gato. Había cumplido mi promesa; le había encontrado. Me costó semanas de rondar, a la salida del trabajo, por todas aquellas calles del Harlem latino, y hubo muchas falsas alarmas: destellos de pelaje atigrado que, una vez inspeccionados detenidamente, no eran suyos. Pero un día, una fría tarde soleada de invierno, apareció. Flanqueado de macetas con flores y enmarcado por limpios

visillos de encaje, le encontré sentado en la ventana de una habitación de aspecto caldeado: me pregunté cuál era su nombre, porque seguro que ahora ya lo tenía, seguro que había llegado a un sitio que podía considerar como su casa. Y, sea lo que sea, tanto si se trata de una choza africana como de cualquier otra cosa, confío en que también Holly la haya encontrado.

Notas

[1] Alusión a la columna del periodista Walter Winchell (1897-1972), a la que estaban abonados numerosos periódicos de la mayor parte de los Estados de EE.UU. *(N. del T.)*

[2] Margaret Sullavan (1911-1960) fue una actriz muy popular en los años treinta gracias a la originalidad de sus peinados voluminosos con suave flequillo. Su especialidad eran los papeles de joven inocente y romántica en películas lacrimógenas como *Only Yesterday* (Frank Borzage, 1933). También protagonizó *The Shop around the Corner* (Ernst Lubitsch, 1940). *(N. del T.)*

[3] Father Divine (1875-1965), predicador de raza negra que decía ser Dios, arrastró a las masas norteamericanas en los años treinta y cuarenta sobre todo. Sus seguidores formaban comunas, «Heavens» (Cielos). *(N. del T.)*

[4] Unity Mitford, fallecida en 1948, era hermana de la novelista Nancy Mitford e hija del barón de Redesdale; mientras Nancy satirizaba a su clase, la aristocracia inglesa, Unity se enamoraba de Hitler, y hasta parece que intentó suicidarse cuando el Führer la rechazó. Sus afinidades nazis eran compartidas por otra de las hermanas, Diana, que llegó a casarse con sir Oswald Mosley, fundador y principal dirigente del fascismo británico. *(N. del T.)*

[5] Víspera de la festividad de Todos los Santos, que los niños norteamericanos celebran rondando disfrazados las casas del vecindario, iluminándose con velas colocadas en el interior de calabazas vacías en las que practican unos orificios a modo de ojos y boca. *(N. del T.)*

[6] Población del estado de Nueva York que alberga el penal de Sing Sing. *(N. del T.)*

[7] Wendell L. Wilkie (1892-1944) fue un influyente político norteamericano, y rival republicano de Roosevelt en las elecciones presidenciales de 1940. *(N. del T.)*

[8] Un vestido diseñado por el modisto Mainbocher. *(N. del T.)*

[9] El Roseland era uno de los más populares salones de baile en la época del swing. Entre sus atracciones destacaba la presencia de las *dance-hostess*, señoritas que, a cambio de una módica cantidad, accedían a bailar con todo aquel que se lo propusiera. *(N. del T.)*

[10] El original contiene una referencia al título *The Lady Vanishes (Alarma en el expreso*), película dirigida por Alfred Hitchcock en 1938. *(N. del T.)*

TRUMAN CAPOTE es un periodista y escritor estadounidense nacido en Nueva Orleans el 30 de septiembre de 1924.

De nombre Truman Strekfus Persons, adoptaría el nombre del segundo marido de su madre, un cubano llamado Joe García Capote.

Pasa su infancia en granjas del sur de Estados Unidos, y en 1933 se traslada a Nueva York, en donde estudió en el Trinity School y en la St. John's Academy. A los diecisiete años consigue un trabajo en la revista *The New Yorker*.

Con 21 años abandona la revista y publica un relato —*Miriam*— en la revista *Mademoiselle*, que le hace acreedor del Premio O'Henry. La crítica lo aplaude sin reservas y lo considera un discípulo de Poe. En 1948, a los 23 años, publica su primera novela, *Otras voces, otros ámbitos*, una de las primeras en las que se plantea de forma abierta el tema de la homosexualidad. Otras novelas suyas serían: *El arpa de hierba* (1951) y *Se oyen las musas* (1956), además de la famosa *Desayuno en Tiffany's* (1958), que también sería adaptada al cine por Blake Edwards, con Audrey Hepburn en el papel de Holly Golightly.

En 1966 escribe *A sangre fría* que será su trabajo más celebrado. Con ella acuñaría el término *non-fiction-novel*, creando un referente para lo que luego sería el nuevo periodismo estadounidense. La novela, publicada tras cinco años de intensa investigación, cuenta el suceso real del asesinato de la familia Clutter, y es llevada al cine en 1967 por Richard Brooks. Del libro se venderían más de trescientos mil ejemplares, permaneciendo en la lista de los libros más vendidos de *The New York Times* durante treinta y siete semanas.
Escribió también para diversas revistas como *The Atlantic Monthly*, *Harper's Bazaar* o *The New Yorker*, y más tarde se involucró en el cine y la comedia musical escribiendo guiones. Continuó su labor creativa, compaginándola con la escritura en revistas y periódicos, y posteriormente se dedicó a las entrevistas en la revista *Play Boy* y en televisión.
Fallece en Los Ángeles el 25 de agosto de 1984.